

LUIS E. VALCÁRCEL

HISTORIA
DE LA
CULTURA
ANTIGUA
DEL PERÚ
(INCAS)



— Universidad —
Inca Garcilaso de la Vega
Nuevos Tiempos. Nuevas Ideas



Fondo
EDITORIAL
Universidad Inca Garcilaso de la Vega

Historia de la Cultura Antigua del Perú (Incas)

Serie: Obras escogidas

Luis E. Valcárcel

Historia de la Cultura Antigua del Perú

(Incas)

FICHA TÉCNICA

Título	:	Historia de la Cultura Antigua del Perú (Incas)
Autor	:	Luis E. Valcárcel
Serie	:	Obras escogidas
Código	:	HUM - 002-2018
Editorial	:	Fondo Editorial de la UIGV
Formato	:	210 mm X 270 mm 413 pp.
Impresión	:	Offset y encuadernación en rústica
Soporte	:	Cubierta: folcote calibre 14
Interiores	:	Bond avena de 85 g
Publicado	:	Lima, Perú.
Tiraje	:	500 ejemplares

2da Edición, 2018.

1ra Edición, tomo I, volumen I, 1943. Imprenta del Ministerio de Educación Pública, Lima.

1ra Edición, tomo I, volumen II, 1948. Imprenta del Ministerio de Educación Pública, Lima.

UNIVERSIDAD INCA GARCILASO DE LA VEGA

Rector: Luis Cervantes Liñán

Director del Fondo Editorial: Fernando Hurtado Ganoza

© UNIVERSIDAD INCA GARCILASO DE LA VEGA

Av. Arequipa 1841 - Lince

Tel.: 471-1919

www.uigv.edu.pe

FONDO EDITORIAL DE LA UNIVERSIDAD INCA GARCILASO DE LA VEGA

Jr. Luis N. Sáenz 557 - Jesús María

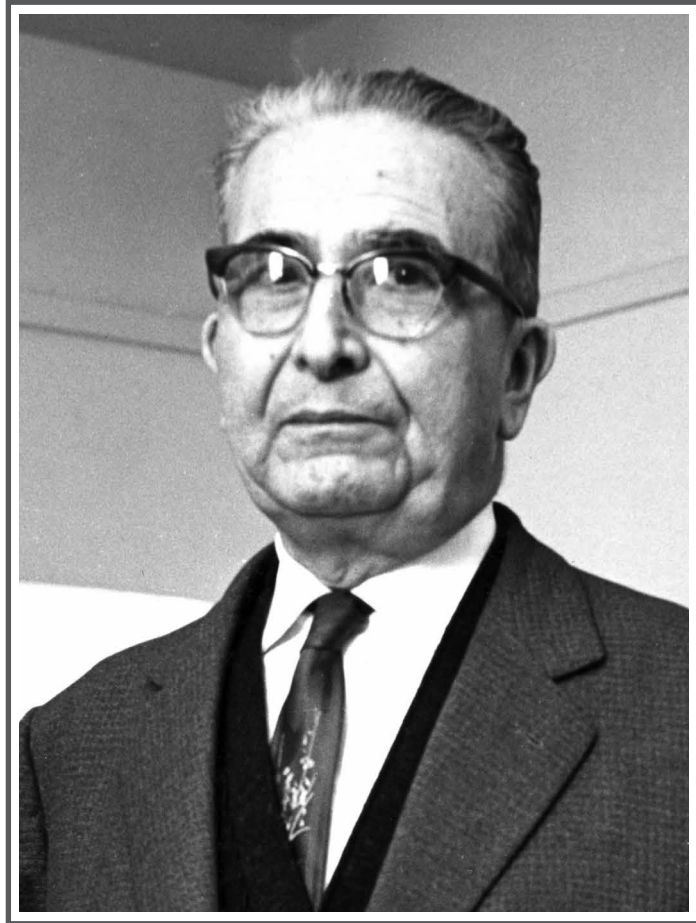
Tel.: 461-2745 | Anexo: 3721

Correo electrónico: fondoeditorial@uigv.edu.pe

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio, sin autorización escrita de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2018-09210

ISBN 978-612-4340-23-9



Luis E. Valcárcel

NOTA DEL EDITOR:

Para mayor claridad en la lectura de este libro, hemos uniformizado las palabras escritas en quechua de acuerdo a su uso actual.

Índice

Prólogo.....	13
Presentación del Fondo Editorial.....	17
Introducción.....	19

I. ORIENTACIÓN

1. PLAN DE LA OBRA	25
2. HISTORIA DE TRES DIMENSIONES.....	27
3. PERSISTENCIA DE LO ANTIGUO.....	31
4. VIEJO Y NUEVO MUNDO	35
5. LA HISTORIA DEL PERÚ.....	39
6. HAY UNA HISTORIA INCAICA.....	43
7. ORIGEN Y UNIDAD DE LA CULTURA PERUANA	47
8. PERÚ EN EL MUNDO	51
a. América y Perú.....	51
b. Asia y Perú.....	57
c. Oceanía y Perú	59

II. MÉTODOS Y CRITERIOS

9. EL MÉTODO.....	65
10. LOS CRITERIOS	71
a. Escuela Histórico-Cultural	71
b. Círculos de Cultura en Sudamérica.....	76
c. El Círculo de Cultura Andino-Mexicano	83
d. Funcionalismo	85
e. Ideario de Ratzel (XVII).....	88
f. «Medios» de Cultura	89
g. Economía y Cultura	90
h. Puntos de Vista de Koppers.....	92
i. Materialismo Histórico	96
j. La Economía Antigua y Thurnwald.....	109
k. Economía Americana, según Lowie	117

l. El Imperio Socialista de los Incas, según Baudin (XXVIII).....	122
m. El Colectivismo Peruano y las Clases Sociales, según Trimborn (XXIX)	128
n. El Estado Incaico y el Ayllu	137
ñ. Toutain y el Neolítico Europeo	138
o. La Sociedad Folk.....	139
p. Sociedad de Agricultores.....	141
q. Origen de la Agricultura Americana.....	145

III. CULTURA Y ECONOMÍA

11. CULTURA DE PUEBLOS AGRÍCOLAS	157
12. ECONOMÍA Y RELIGIÓN.....	161
13. ECONOMÍA Y MAGIA	167
14. ECONOMÍA Y FILOSOFÍA	175
15. ECONOMÍA Y POLÍTICA.....	179
16. ECONOMÍA Y DERECHO	187
17. ECONOMÍA Y MORAL.....	195
18. ECONOMÍA Y CIENCIA	197
19. ECONOMÍA Y TÉCNICA.....	201
20. ECONOMÍA Y ARTE.....	205
21. ECONOMÍA Y LENGUAJE	209
22. ECONOMÍA Y EDUCACIÓN.....	213
23. ECONOMÍA Y ORGANIZACIÓN SOCIAL.....	215
24. CULTURA ECONÓMICA	217

IV. ECONOMÍA, DERECHO, POLÍTICA, MORAL EN EL PERÚ ANTIGUO

25. COMPOSICIÓN DE LUGAR.....	223
a. El Paisaje.....	223
b. Clima y Cultura	224
c. La Agresión Climática	228
d. El Clima y la Historia.....	230
e. Dinámica de los Grupos Humanos	232
26. EL ALIMENTO.....	235
27. EL ALIMENTO EN EL PERÚ ANTIGUO	245
28. PLANTAS ALIMENTICIAS PERUANAS	251
29. DIETÉTICA Y CONSERVACIÓN DE ALIMENTOS.....	259
30. EL MAÍZ	269
31. COMPLEJOS ETNOBOTÁNICOS PERUANOS.....	277
32. LA PRODUCCIÓN AGRÍCOLA.....	281
33. LAS OTRAS NECESIDADES	299
34. POR LA MISMA RUTA: CULTURA Y AGRICULTURA	301
35. LA ALTIPLANICIE	303
36. LA PERIFERIA DEL IMPERIO.....	309

37. PUEBLOS DEL ORIENTE SELVÁTICO	315
38. AGRICULTURA SELVÁTICA	317
39. MATERIAS PRIMAS	321
40. LOS BUSCADORES DE TIERRA FÉRTIL.....	325
41. EL TRABAJO.....	329
42. CALENDARIO DEL TRABAJO.....	347
43. EL ESTADO.....	353
44. LA PLANIFICACIÓN POLÍTICO-ECONÓMICA	377
45. LA PROPIEDAD	385
46. LA CONDUCTA.....	397
APÉNDICE.....	400
BIBLIOGRAFÍA.....	405

Prólogo

La obra titulada *Historia de la Cultura Antigua del Perú*, del destacado historiador, etnólogo y Amauta Luis Eduardo Valcárcel Vizcarra (1891-1987), constituye, sin duda, uno de los aportes más relevantes sobre las diversas dimensiones que abarca los extraordinarios logros alcanzados por la civilización andina, temas que nuestro insigne autor, desarrolla con admirable erudición.

La obra de nuestro Amauta que tenemos el privilegio de prologar, constituye para nosotros un hondo significado y un acto de fe, pues se trata de una de las más descollantes contribuciones que en los albores de la década de los años 40 nos entregó uno de los más insignes y prominentes investigadores del Imperio de los Incas, quien nos presenta la persistencia de nuestra plena identidad andina, pese a la invasión española y su dominio de varios siglos.

Cabe mencionar que la obra que hoy se halla en manos del lector, en su primera edición, ha sido objeto de una reseña en el Vol. I, de la Revista *Documenta*, suscrita por Carlos Radicati (1950), quien precisó que Luis E. Valcárcel representa “la figura del hombre ecuménico que reúne en sí todos aquellos aspectos que son indispensables para una proficua labor de investigación en el campo histórico-cultural, y de modo especial, en la amplia esfera etnohistórica”.

En esta segunda edición, se analiza todas las corrientes teóricas, metodológicas imperantes en la época en que Luis E. Valcárcel, escribía esta obra, de modo especial, la escuela Histórico-Cultural, corriente que en él tuvo mucha influencia y más aún, desarrolló como su método de investigación básico: análisis tipológico de los testimonios materiales del registro arqueológico y ricamente complementado, en ocasiones contrastado, con el análisis hermenéutico y axiológico de la inmensa documentación histórica: crónicas, relaciones, visitas, etc., que nuestro egregio Amauta dominaba a plenitud, temas que nosotros admirábamos en sus conferencias magistrales que nuestro Amauta sustentaba en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, o en el Museo de la Cultura Peruana, que él también fundara en 1946, con su visionaria obra de conservar nuestro patrimonio cultural.

La amplia esfera de temas que abarca la obra (en sendos 46 capítulos), prácticamente cubre todos los aspectos, estructuras, diseños culturales: orígenes de la civilización andina: organización social, económica, política y religiosa. Sistemas de organización dual y convergencia con otros sistemas socioeconómicos conquistados. Unos rebeldes como los Huancas-Chachapoyas-Chimús-Cañaris y Collas. Otros reinos leales con quienes establecieron son los Lupacas, Pacajes, Chinchas, entre otros.

Luis E. Valcárcel, fundador de la corriente indigenista del Perú andino en la ciudad imperial del Cuzco, donde fundó varias corrientes del saber conducentes a afianzar nuestra milenaria identidad andina, es además un prolífico autor: quien no ha leído su excelente obra *Tempestad en los Andes* (1927). Su destacada tesis doctoral *Del ayllu al imperio* (1919). El visionario que fundó e instauró la enseñanza de una nueva disciplina antropológica: la etnología, en la cuatricentenaria Casa Superior de Estudios UNMSM; luego, organizó, diseñó, como ya dijimos, una nueva visión museística y museográfica para que el público admirara las exhibiciones del Museo Nacional de la Cultura Peruana, con una nueva perspectiva.

El lector se sentirá fascinado, en primer término, con el estilo diáfano, prístino, lúcido y subyugante que discurre en cada una de sus páginas de la obra y, las novedades o revelaciones que vierte en cada uno de sus acápites, a lo largo de 46 brillantes capítulos, y, cabe destacar, la lectura de su valioso vocabulario etnohistórico peruano, más propiamente denominado andino.

También en esta obra se analizan, con sorprendente erudición, el origen y desarrollo de la civilización andina a partir de la interacción entre ideología, sociedad, política, economía y religión, desde sus orígenes y tomando especial énfasis en la cultura andina incaica y su plena emergencia y vigencia en la nefasta época colonial.

Pocas veces en la historia del Perú se ha visto que algún erudito, como lo es nuestro Amauta Luis E. Valcárcel, haya analizado con tanta lucidez, versación y espléndidos matices elocuentes, prácticamente todas las facetas de la estructura de una organización social y económica como la incaica. Mostraremos solo un ejemplo, para inducir al lector en el aspecto social, político y económico, el autor desarrolla con admirable versación los aspectos políticos, derecho, moral, técnica, el paisaje, el alimento, el arte, el lenguaje, la educación, la organización social, la cultura económica y derecho en el Perú Antiguo. También analiza la situación de los pueblos del oriente de la floresta tropical amazónica, casi siempre olvidados por la sucesión de los gobiernos.

Luis E. Valcárcel, reiteramos, fue uno de los más relevantes estudiosos del esplendoroso pasado andino, en especial, de la admirada civilización incaica, cuyos sabios conocimientos se vierten en la presente obra. Sus grandes aportes, casi no tienen parangón. El análisis del contenido de cada uno de sus temas cautivará al lector por la prístina y diáfana narración y explicación de cada tema por sus aportes originales y férreamente sustentados en los hechos verídicos basados en testimonios fidedignos de la arqueología y la etnohistoria.

En 1951, el Instituto de Etnología, de la Facultad de Letras de la UNMSM, editó dos crónicas esenciales: la de Miguel Cabello Valboa, titulada *Miscelánea Antártica*, una historia del Perú antiguo con un enjundioso y medular prólogo de nuestro Amauta Valcárcel (XL + 559 pp.), y el *Memorial de las Historias del Nuevo Mundo, Pirú, de Fray Buenaventura de Salinas y Córdoba*. Serie Clásicos Peruanos de la UNMSM (1957). Muestras de encomio a su admirable erudición.

Su inmensa y descollante obra peruanista de nuestro Amauta Valcárcel, se abre ante nosotros como un preciado mosaico de voces que conjugan los tonos más rípidos y los más tiernos, que nunca eludió la polémica o el acuerdo franco y abierto. Pero, sin duda, la característica más significativa de su valiosa obra de etnólogo, arqueólogo e historiador, en ocasiones mística, tesonera y visionaria, es, en su etapa de

residente en la capital imperial del Cuzco, su pasión recóndita en identificar al hombre andino debajo de la tierra, descubriendo monumentos o escudriñando objetos diversos. Sus trabajos en Machu Picchu; excavaciones sistemáticas en Sacsay-Huamán y Pucará, publicados en varias entregas, en la *Revista del Museo Nacional*, bajo el título “Sacsayhuamán redescubierto” (1933-34), o “El Decapitador de Pucará” (1935), en la *Revista Universitaria del Cuzco*, entre otras decenas de artículos, son realmente admirables.

A través de sus logros impresionantes se configura en la vida del Amauta Valcárcel, una época fructífera (casi dos décadas de intensa vida en trabajos de campo), recorriendo todos los ecosistemas: riscos, quebradas, altiplanos, valles profundos del sur andino. Los monumentos y tesoros arqueológicos y obras de arte son historia materializada hecha presente. Todo ello lo volcó en sus magistrales clases sobre la Historia de los Incas, en la facultad de letras de San Marcos, impartidas desde 1931 a 1961.

Nuestro Amauta Valcárcel, comprendió y se adelantó a su tiempo demandando que esos retazos del pasado inspiran pensamientos elevados, estimulan la imaginación y proporcionan información. Pero también señaló que deben ser altamente valorados y conservados. Nuestra moderna sociedad, tan dinámica y cambiante y tan volcada hacia el futuro, está redescubriendo, al cabo del segundo milenio, la enorme riqueza, variedad y poder que encierran esos objetos que las civilizaciones del pasado nos han legado.

Por ello, sus aportes excelsos y medulares a la arqueología y a la etnohistoria sobresalen por su calidad meridiana, por su originalidad diáfana, por su diversidad y solidez admirables en sus planteamientos, que, en lineamientos generales, tienen hoy plena vigencia, y gravitan prístinamente en nuestros días, pese al inusitado desarrollo y amplitud de investigaciones y formulaciones teóricas aparecidas en las tres últimas décadas.

En suma, esta magna obra está destinada a alumbrar el largo y tortuoso camino que conduce a la forja de nuestra auténtica identidad, constituye una lúcida reconstrucción de la imagen de nuestro pasado, con pleno compromiso con nuestro presente para la edificación inexorable de un futuro esplendente. Tal la importancia y trascendencia de la invaluable obra académica e intelectual de nuestro Amauta Luis E. Valcárcel, llamado sin duda a fulgurar entre los principales clásicos de la historia del pensamiento andino, americano y a un clásico universal. Honor al Amauta Luis E. Valcárcel.

M. Hernán Amat Olazával
Lima, 10 de julio 2018

Presentación del Fondo Editorial

El Fondo Editorial de la UIGV se complace una vez más en presentar un nuevo libro del ilustre Amauta, Dr. Luis E. Valcárcel, *Historia de la Cultura Antigua del Perú*. Nueva edición que, luego de transcurrir más de 70 años, ahora se publica gracias al Fondo Editorial de la Universidad Inca Garcilaso de la Vega.

Cuando Valcárcel se traslada del Cusco a Lima en 1930, llamado por el nuevo gobierno de Sánchez Cerro para dirigir todos los museos nacionales (el Museo Bolivariano, el Museo Nacional de Historia, y el Museo Arqueológico), es en ese momento que marca el inicio de los estudios etnológicos en el Perú.

Ese mismo año Valcárcel es nombrado catedrático en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos donde dicta los cursos de “Introducción a la Etnología”, “Historia de los Incas” e “Historia de la Cultura Peruana”, realizando en esta casa de estudios una destacada labor institucional, impulsando trabajos de antropología e historia, investigaciones arqueológicas y más tarde en 1946, al fundar el Museo Nacional de la Cultura Peruana, apoyando las investigaciones antropológicas.

Todas estas investigaciones, los viajes y contactos que Valcárcel hizo en Europa y Estados Unidos con importantes instituciones y grandes científicos, la publicación de la Revista del Museo Nacional, órgano de difusión del Museo Nacional, que mostraba los importantes estudios que se realizaban en el país, hizo ver a los investigadores extranjeros el gran potencial cultural que tenía el Perú, lo que permitía que la historia antigua de nuestro país fuera nuevamente descubierta por la etnología.

“El Perú ofrecía una serie de atractivos para el etnólogo, en la medida que se trataba de un país de antiguo poblamiento y que abarcaba en su extensión climas de lo más variados y grupos humanos representativos de alejadas etapas de la historia” (Memorias - Valcárcel, 1981 - Pág. 315).

Con esta ciencia indica el maestro Valcárcel se podía contar con una consistente base metodológica y científica para investigar la cultura de los hombres del ande y de la selva actuales y en lugar de la intuición, descifrar la cultura de los antiguos peruanos, logrando con ello construir una sólida imagen de nación que se proyectase al futuro.

Gracias a la arqueología, la etnología, la historia, y la lingüística se podían recabar datos que complementaban el conocimiento de la cultura antigua, antes solamente realizable por medio del trabajo arqueológico.

Es así que Valcárcel impulsado por las transformaciones sociales, del hombre del campo a la ciudad y por estos nuevos avances en las investigaciones, es que realiza un meticuloso trabajo de investigación sobre la cultura peruana antigua, especialmente referida sobre la cultura de los incas, trabajo que fue publicado bajo el título de *Historia de la Cultura Antigua del Perú*, cuyo primer volumen apareció en 1943 y el segundo en 1948.

Ahora estos dos volúmenes están reunidos en esta segunda nueva y bella edición, en un nuevo formato y con imágenes del mismo archivo fotográfico del Dr. Valcárcel.

En la primera parte del libro el Dr. Valcárcel nos hace ver la importancia de la cultura antigua peruana, presentando una introducción teórica y un balance de los diversos enfoques etnológicos e históricos realizados por los más destacados investigadores de ese entonces, tanto nacionales como extranjeros. En la segunda parte desarrolla de forma muy clara los vínculos entre los diferentes ordenes de actividad cultural. El estudio se inicia con la economía para seguir con campos como la política, el derecho, la moral, la religión, el arte, la técnica, entre otros.

Podemos decir con seguridad que esta obra reúne los conocimientos más avanzados de la época sobre el estudio de la cultura autóctona peruana, desde las apreciaciones de Miguel Cabello de Valboa, hasta estudios geográficos de Carl Troll, de Augusto Weberbauer y Fortunato Herrera sobre botánica andina, trabajos de destacados etnólogos como Mishkin y Tschopik, 130 científicos y grandes pensadores que selecciona en este prominente trabajo el maestro Valcárcel.

Somos un país que ha heredado la vieja cultura peruana, por eso como dice el gran Amauta Luis E. Valcárcel, no podemos desentendernos de nuestro pasado indígena, es ese pasado donde se proyecta la historia del Perú del siglo XVI hasta nuestros días.

El Fondo Editorial con esta nueva entrega espera seguir contribuyendo al conocimiento y cultura de la sociedad a través de sus publicaciones, en un mundo donde necesitamos cada vez más una educación de alta calidad.

Fernando Hurtado Ganoza
Director del Fondo Editorial UIGV

Introducción

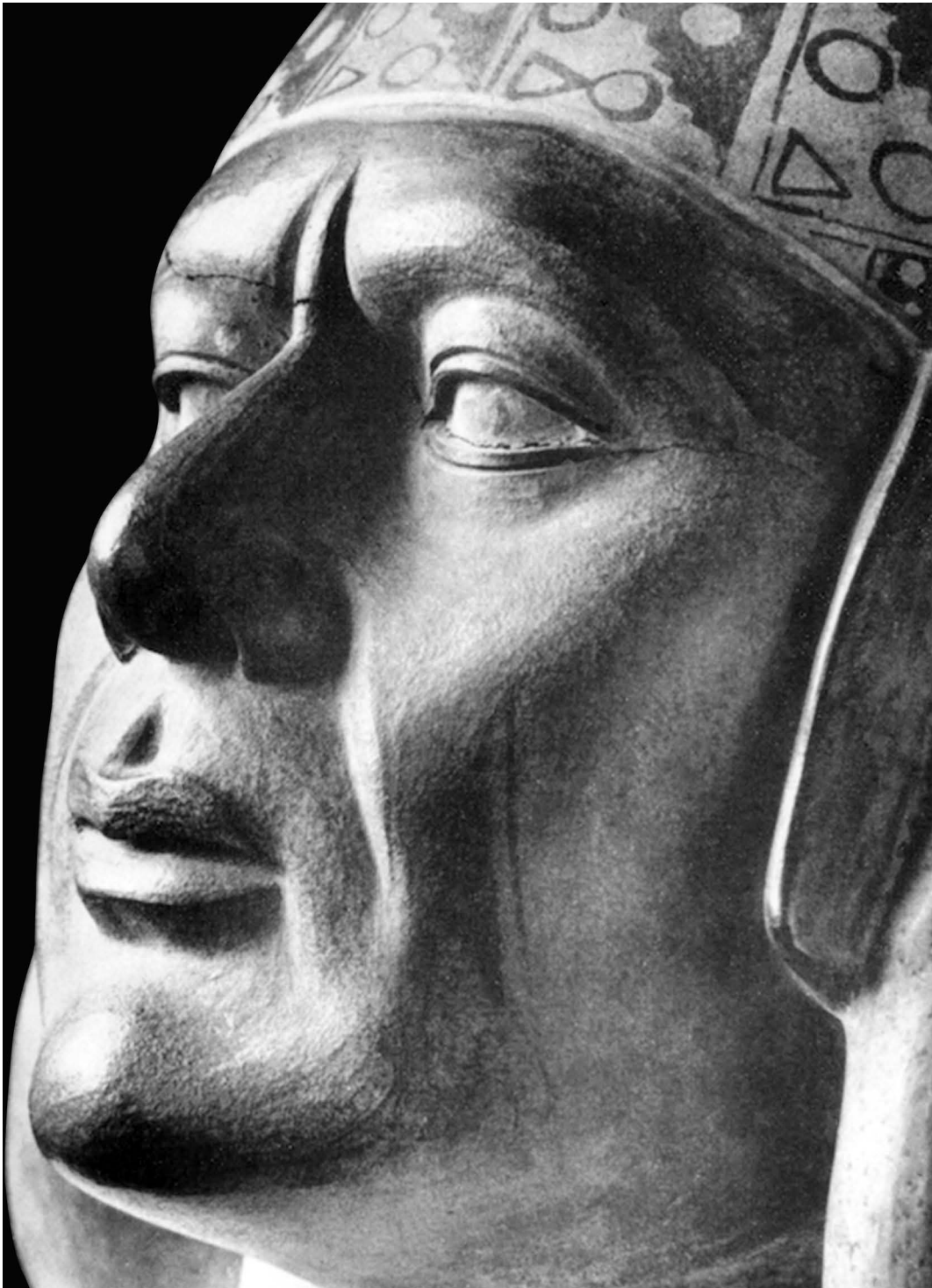
«Historia —dice Benedetto Croce— es el acto de comprender y entender, inducido por los requerimientos de la vida práctica». *Historia de la Cultura Antigua del Perú* es el acto de comprender y entender al Perú en el largo período de su existencia precolombina. Emprendemos, con esta obra, ese estudio, ante los requerimientos de la vida práctica que nos exigen el planteamiento y solución del problema que importa liquidar los fantasmas, dudas y sombras que no nos permiten, hasta hoy, saber a ciencia cierta cómo fue el Perú antes de que llegaran a sus playas los conquistadores europeos.

La utilidad de esta investigación no se limita a un conocimiento puramente ilustrativo, como podría ser para nosotros el proceso cultural de Creta; esa utilidad tiene que ver con intereses actuales y permanentes que nos afectan en forma directa, porque pertenecemos a un país cuya población está integrada por una suma considerable de individuos que proceden y han heredado, en mucha proporción, la vieja cultura peruana. Convivimos con esos millones de seres humanos, son parte de nuestra comunidad nacional y están ligados a nosotros no solo por el vínculo de territorio, sino también por el de sangre. Por mucho que la minoría blancoeuropea de cuya cultura participamos se desentienda del pasado del pueblo indígena, es un hecho histórico y, en consecuencia, irreversible, que ese pasado es el trasfondo sobre el cual se proyecta la historia del Perú desde el siglo XVI hasta nuestros días. La cultura peruana antigua pervive en múltiples manifestaciones y su vigor es tal que la cultura europea, en más de cuatro siglos, no ha podido arrasarla. Nos hallamos en pleno proceso de trasculturación: por un lado perseguimos «incorporar» al indígena a la vida moderna, vale decir occidental; pero, por otro, es el indígena quien nos incorpora sutil e insidiosamente a su propio ritmo de existencia. En este duelo a que estamos abocados, sin poder evitarlo, precisa, pues, conocer con la mayor certidumbre, la naturaleza de los dos complejos culturales en lucha. No basta con asimilar lo mejor posible los elementos importados del Viejo Mundo, a partir del siglo XVI; conviene también «comprender y entender» de la manera más exacta aquello que existía y que sigue existiendo aún, desde los más remotos tiempos en América y, sobre todo, en esta zona geográfico-histórica en que transcurre nuestra vida; herencia cultural valiosísima, porque es la suma de vitales experiencias del hombre en su propio medio, a través de millares de años. El Perú tiene el privilegio de poseer una doble tradición: la americana y la europea. El acierto de su futuro finca enteramente en la destreza con que manejemos, en nuestro provecho y en el de la humanidad, esas dos poderosas fuerzas, cuya valorización solo es posible desde un punto de vista histórico. Contra la miopía de la historia diminuta que cierra su horizonte en el siglo de la Conquista, los arqueólogos y etnólogos peruanos y de otros países que con nosotros trabajan presentamos el vasto panorama de un pasado amplísimo. Tratamos de incorporar ese descubierto paisaje a la visión de todos los hombres y de modo especial a la de nuestros compatriotas. Este enriquecimiento histórico agiganta la personalidad del Perú y tonifica nuestro optimismo colectivo e individual. No es ido-

latría de lo pretérito sino conciencia lúcida de la duración y de la perduración. Recordemos estas palabras de Croce, en apoyo de lo expuesto: «Es ilusorio el temor de que la conciencia de lo pasado quite ánimo para lo nuevo, porque cuanto más enérgico se conoce un pasado, tanto más enérgico se levanta el ímpetu de ir más allá progresando. El conocimiento es vida y la vida es invocación a la vida».

La historia del Perú es la revelación del Perú. Si la ignoramos, así sea solo parcialmente, la figura del Perú se presentará a nuestros ojos mutilada; pero, es en nuestra propia conciencia que, al producirse esa fragmentación, habrá un oscurecimiento que nos empobrece y debilita. *La Historia de la Cultura Antigua del Perú*, con su esplendente grandeza, irradia perpetua luz que hace imperceptibles las sombras de otros momentos históricos menos felices. Conocerla con interés viene siendo una realidad en las nuevas generaciones, poseídas de un sentimiento más profundo de orgullo americano. Con la más sincera modestia, damos paso al lector, anhelosos de que encuentre en este libro un ensayo de lo que en el futuro puede ser el primer jalón de la Historia de la Cultura Peruana.

Luis E. Valcárcel
Lima, noviembre de 1943.



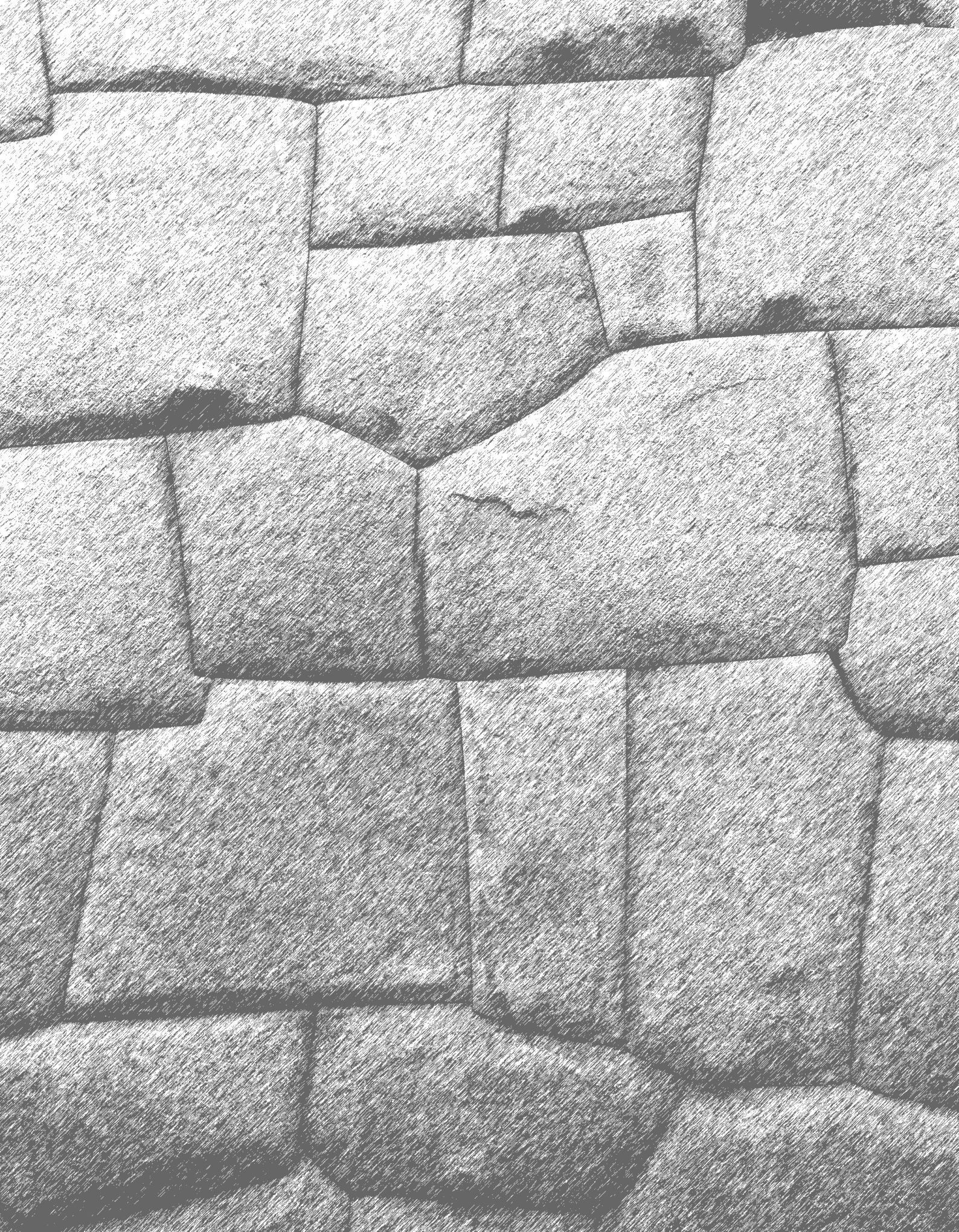
Hombre peruano antiguo. Huaco retrato de jefe mochica. Foto Archivo LEV.



Hombre peruano actual. Indígena del Cusco. Foto Pierre Verger, Archivo LEV.



I ORIENTACIÓN

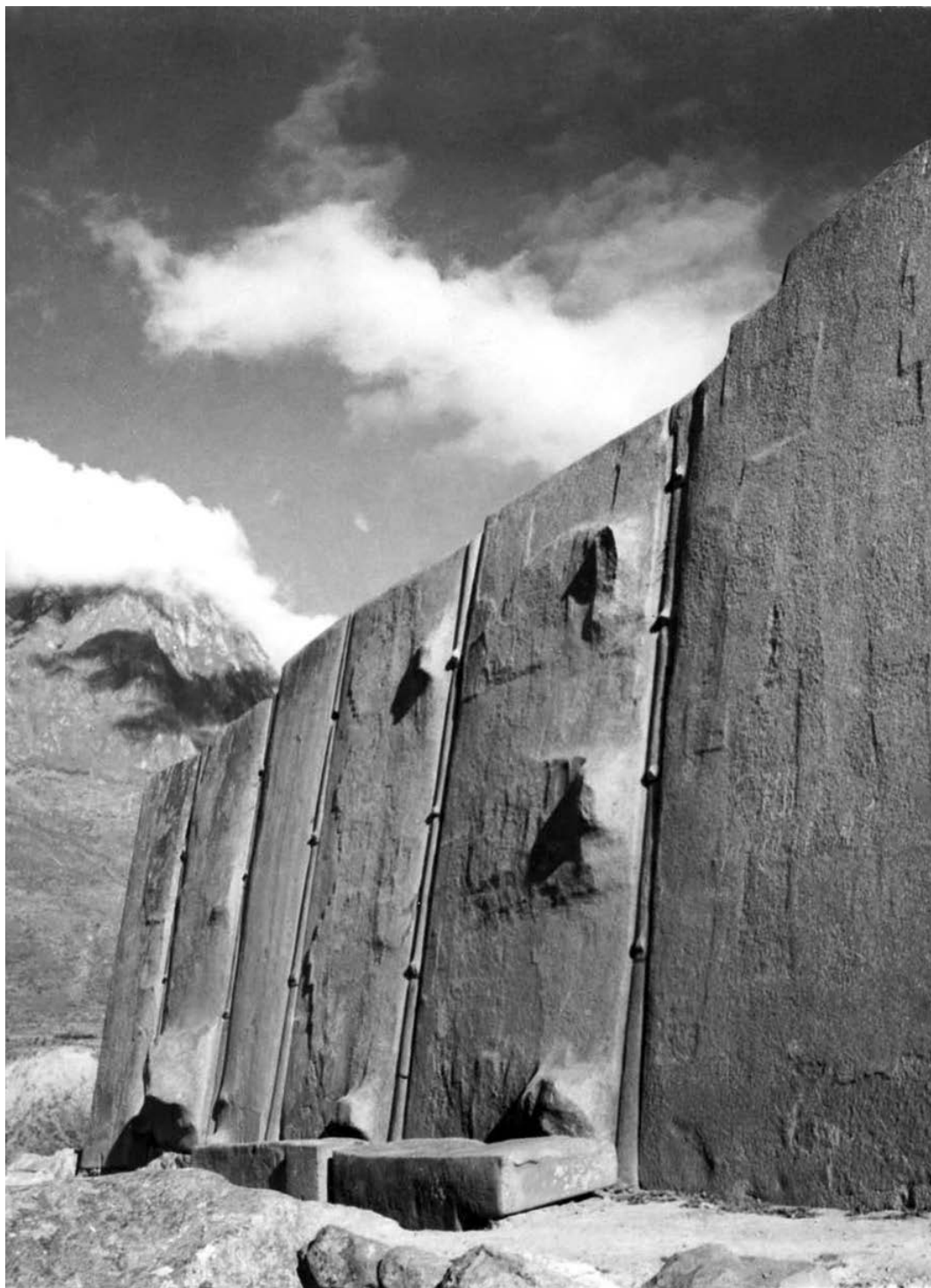


1. PLAN DE LA OBRA

Esta obra de *Historia de la Cultura Antigua del Perú*, destinada a estudiar el «espíritu objetivo» peruano en los siglos anteriores al descubrimiento de América, no es sino una parte de la que debe emprenderse sobre la Cultura Peruana desde los tiempos más lejanos hasta nuestros días.

El presente libro es el primer volumen del tomo I que será inmediatamente seguido de un segundo volumen¹. Ambos contendrán materias relacionadas con el origen de nuestra cultura, su unidad, sus bases esenciales, así como lo relativo al método conforme al cual se presenta este estudio. Comprende enseguida un examen de los criterios con que se han realizado investigaciones directas o indirectas sobre la Cultura Peruana por los etnólogos más conocidos de nuestro tiempo. Termina este primer tomo con un estudio desde el punto de vista cultural —y no especializado de las respectivas ciencias particulares— de la Economía, la Política, el Derecho y la Moral. El segundo tomo se referirá a la Religión, la Magia, la Filosofía y la Ciencia, al Arte y la Técnica, seguidos del capítulo último que intentará reunir todo lo sustantivo y necesario para trazar la personalidad cultural del Perú antiguo. Serán agregados a este volumen la bibliografía y el índice alfabético de toda la obra.

¹ La primera edición de esta obra fue publicada por el Museo Nacional del Perú en 1943, en su primer volumen y en su segundo volumen en 1948. Esta nueva edición contempla estos dos volúmenes.



Muro de parte alta de fortaleza de Ollantaytambo. Foto Archivo LEV.

2. HISTORIA DE TRES DIMENSIONES

Reaccionando contra la miopía de quienes consideraban la historia como el simple relato de los hechos pasados, Mannheim (LVII) sostiene el sentido tridimensional, cuando afirma que «toda experiencia del presente lleva consigo una tercera dimensión no solo porque todo acontecimiento pasado se halla virtualmente presente, sino también el futuro se prepara en aquél. No solo el pasado sino también el futuro tiene una existencia virtual en el presente. Se puede calcular el peso de cada uno de los factores existentes en el presente y determinar las tendencias latentes en esas fuerzas solo a condición de comprender el presente a la luz de su realización concreta en el futuro» (pág. 215). Ligados estrechamente los tres momentos (pasado, presente y futuro), toda obra histórica no puede referirse solo al primero sino que importa una integración y, en consecuencia, el historiador, hombre de su tiempo, se ve forzosamente en la encrucijada. Tiene que contemplar de un lado lo ya ocurrido y, del otro, lo que va a realizarse, lo que se está realizando ya, ante su mirada. Encontrará que las posibilidades de existencia estaban presentes en eso que creía «extinguido» y, por lo tanto, al realizarse, tiene que descubrir la presencia de lo pretérito. La historia no se limita a un proceso concluido sino a un proceso en marcha que no se detiene, que no puede detenerse en el hoy. Bien dice Mannheim que «la investigación concreta de la interdependencia de toda la cadena de acontecimientos, desde lo económico hasta lo psíquico y lo intelectual, deberá unir observaciones aisladas en una unidad funcional, a la que servirá de fondo el todo del proceso de desarrollo» (pág. 216). «En tal forma –agrega– nuestra concepción de la historia queda integrada dentro de un armazón más concreto, más diferenciado y, a la vez, más flexible. Examinemos cada acontecimiento con el fin de desentrañar su sentido y de determinar su posición dentro de toda la estructura del desarrollo». La zona de libre elección queda restringida, porque, según esta concepción, son en mayor número los factores determinantes que influyen en cada acontecimiento. El aquí y el ahora pierden su equivocado absolutismo. Se convierten en simples episodios.

El punto de observación del historiador lógicamente se eleva hasta comprender bajo su mirada el amplísimo panorama del proceso histórico en su totalidad. El historiador de la cultura peruana tiene que abarcarla en toda su duración y con un criterio de relatividad, alejándose de la posición doblemente equivocada de contemplar solo un fragmento de la realidad o de perderla de vista para servir concepciones de ética pura, en que solo juegan los valores culturales universalmente reconocidos.

El historiador no puede desprenderse de su propia formación cultural ni de las obligaciones que contrae con su época. Pueden serle aplicadas las siguientes expresiones de Max Weber: «El sabio debe trabajar siempre con la conciencia de que las construcciones de su espíritu están condenadas a desvanecerse en

los años venideros y de que su único fin y su satisfacción profunda debe ser la de haber cumplido en todo lo que la época suya le había encargado y podía esperar de él» (CXXVII).

En efecto, no se puede exigir más al historiador. La absoluta objetividad y la permanente validez de sus juicios y aun el acierto en la manera de enfocar los hechos son presunciones infundadas. Nadie es capaz de conseguirlo.

Dentro del marco que el historiador se impone, cabe la mayor lealtad a la función que desempeña. Su mérito está precisamente en ser lo mejor posible hombre de su tiempo y, a la vez, escrutador de los más amplios horizontes. Su obra adquirirá verdadera utilidad para todas las ramas de la investigación y de la acción misma, salvándose del peligro de caer en uno de los dos extremos: o perderse en lo meramente anecdótico, intrascendental, o quedar aprisionado en la malla de las ideologías que buscan en el campo de la historia asidero para su justificación. Y ya sabemos que, apelando a la historia de una sola dimensión, pueden probarse las más opuestas tesis.

Esta nueva concepción tridimensional de la historia destruye los movimientos parciales del «pasadismo» o del horror al pasado. No puede la sociedad humana detenerse en una época o volver a ella: son infundados los intentos románticos en tal sentido. Tampoco está dentro de su capacidad, «prescindir» de ningún instante de su pretérito, ni proceder como si nada hubiese existido antes («tabula rasa»). Tampoco es posible desertar del proceso histórico, vivir fuera de la historia, como en ciertas tendencias artísticas. No, ni el hombre ni los dioses se han dado ese lujo. Somos actores y soportes dentro del drama de la historia, navegantes en sus aguas procelosas, siguiendo un curso que no podemos detener.

El político que prescinda de esta clara percepción de la realidad humana, vale decir, histórica, fracasará, y sus planes de reconstrucción social irán a enriquecer los archivos de Utopía.

El artista, rival del Creador, intentó siempre ponerse fuera del tiempo; pero, su obra, cualquiera que sea el tema expresado, pertenece a un aquí y a un ahora que nada podrá borrar. Su filiación, pese a todos los recursos, será establecida de todos modos. El paisaje —lo más intemporal— al ser «expresado» por el pintor, conviértese en un término histórico: pertenece a una cierta escuela, a un determinado autor, solo pudo aparecer en una época bien definida.



Portada y escalinata de piedra en Pisac, Cusco. Entrada al Intihuatana. Foto Archivo LEV.

3. PERSISTENCIA DE LO ANTIGUO

Una característica de la sociedad humana es la imposibilidad de borrar el pasado. La «tabla rasa» no tiene sentido en la historia. Todas las revoluciones, por sangrientas y radicales que fueran, no lograron jamás destruir íntegramente las formas y menos aún el espíritu que las animaba. En el aparentemente frío rescoldo arden las brasas, esperando el más leve soplo para soltar de nuevo la llama.

La sabiduría política conoce bien esta verdad y, como observa Mannheim, en agudo enfocamiento de la praxis católica, la Iglesia recoge los cultos paganos y los incorpora a su sistema, dándoles cuando más una nueva interpretación. La táctica de los gobernantes incaicos era del mismo gran estilo, cuando planificaron el Imperio la tuvieron muy en cuenta, procediendo con suma cautela a establecer las nuevas formas sobre la base de las viejas comunidades lugareñas. En vez del desarraigo violento, emplearon el sistema de la yuxtaposición, del injerto, de la lenta absorción. Comprendían que los usos y las costumbres multiseculares de los pueblos que iban siendo incorporados no eran susceptibles de una brusca transformación, porque la persistencia de lo antiguo es una ley de los grupos humanos. «Las nuevas formas de conducta –dice Mannheim– solo pueden ser creadas lentamente y requieren una imaginación especial que es casi opuesta al pensamiento calculado» (LVII).

La necesidad de drásticas medidas en toda reforma o revolución se satisface solo en parte: puede caer hecho pedazos el edificio que se trata de destruir. Mas, los cimientos del edificio nuevo no serán sólidos si el subsuelo removido no readquiere firmeza, dura consistencia. No es exacto el símil del creador social o reformador político, que introduce una nueva estructura, con el arquitecto que levanta un palacio o una catedral. Mientras éste actúa con materiales inorgánicos, aquél trabaja con seres humanos. Podría ser aproximada la semejanza con la obra del agricultor que domestica la planta o que obtiene de ella variedades o un más alto rendimiento. ¡Qué batalla la que tiene que librar, sobre todo en el primer caso, cuando el fruto silvestre deviene planta cultivable! Lucha incesante quizá de siglos para anular la persistencia de los caracteres genéticos, vale decir, la «persistencia de lo antiguo».

El Perú, muchos de los países de América, de Asia, de África, de Oceanía, de la misma Europa, ofrecen ejemplos válidos, aleccionadores, de la poderosa vitalidad de los rasgos culturales que, aparentemente, habían sido suprimidos, que eran considerados como «pintorescos», sin verdaderas raíces. No poca es la sorpresa de los etnólogos, de los investigadores de procesos de transculturación, cuando comprueban la vigencia de tantos «Folkways» de un primitivismo impresionante.

Pero, nada convence tanto del convivir del pasado con las formas de hoy como el empleo simultáneo de medios de locomoción, en una sola área geográfica, de la cabalgadura, el carro de tracción animal, el tren, el automóvil y el avión. O, en el orden espiritual, las supersticiones lado a lado de un razonar filosófico, o de un conocer científico. Sería indefinido seguir ejemplificando coexistencias al parecer absurdas, pero reales.

No se compadece, pues, con el espíritu humano la supresión total de los usos y costumbres (Folkways) y su drástico y compulsivo reemplazo con normas y procedimientos nuevos. Ni aun en la guerra de conquista se ha visto nunca que el pueblo sometido pierda, de un día a otro, ni en muchos años el acervo de su cultura. Tanto más difícil es el cambio cuanto mayor sea el carácter «primitivo» que se trata de desarraigar, porque las sociedades Folk² ofrecen una resistencia invencible por el mismo hecho de la concentración, hasta formar un todo hondamente cohesionado, de todos sus valores y elementos. No tenemos sino que observar lo que ocurre en las comunidades indígenas de nuestro tiempo. Los inventos y nuevas costumbres que introdujo la civilización europea de que fueron portadores los españoles, hace cuatrocientos cincuenta años, han sido absorbidos solo en mínima parte y aun lo incorporado, como la religión católica, no tiene su sentido originario. Se ha producido el fenómeno de la pseudomorfosis, es decir, la adopción de simples formas o estructuras a las cuales se les ha dado un contenido y una dirección propiamente aborígenes. En el proceso de trasulturación que se inicia en 1492, para los indígenas americanos no hubo, hasta hoy, un avance que indique el pleno dominio del conquistador, ni en el orden material ni mucho menos en el del espíritu. Si hiciésemos comparaciones estadísticas, encontraríamos que la población indígena de nuestro tiempo ha readquirido su volumen en relación con el que tenía en el momento histórico en que el europeo ponía el pie en este continente. Lo que también se puede comprobar es el fenómeno de extinción de los grupos indígenas en determinados territorios, como en las Antillas, el Uruguay o una parte considerable de la República Argentina. El hombre precolombino reaparece, con máximo vigor, en aquellas otras zonas de América en que se concentró, como en el área de los Andes. En los Estados Unidos mismos, a pesar de las «razzias»³ sufridas en el curso de más de tres siglos, cuando el indígena, arrinconado, podía vivir en las «reservaciones», como en museos humanos, ha resistido todos los factores adversos y, como lo demuestran las recientes estadísticas, su crecimiento demográfico ha sido tan considerable, en las últimas décadas, que puede predecirse que, en fecha no muy alejada, recobrará la cifra de población a que llegó en 1492.

Análoga si no mayor proporción alcanza el pueblo indígena en Centroamérica, México, Ecuador, Perú, Bolivia, Paraguay, etc. Los últimos censos acusan un alto porcentaje absoluto y relativo.

Quienes no han estudiado a fondo este problema y se guían por simples deseos, consideran que está próxima a su fin la población indígena por el acelerado proceso del mestizaje y que no existe otra solución que acelerar aún más dicho proceso. El aborígen quedaría así digerido en pocos años. Resuelto definitivamente el sonado «problema indígena».

Acabamos de ver que la realidad no corresponde a tales deseos. Tan aguda es la presencia del indígena, su sorda presión tan enérgica, que, en los Estados Unidos, desde hace menos de diez años, está en mar-

² La sociedad Folk, es la llamada sociedad primitiva.

³ Razzias: IncurSIONES o redadas.

cha un «New Deal»⁴ para los cuatrocientos mil se ha reconsiderado el sistema total de relaciones con el indígena que comenzó a aplicarse desde el primer encuentro en el siglo de la conquista. La nueva política devuelve su autonomía espiritual a los indígenas: ellos escogen lo que les conviene adoptar de la civilización de los blancos. Estos renuncian a hacerlos felices por la fuerza, a «incorporarlos» a la civilización.

Lo evidente es que en muchos de los países latinoamericanos existen dos sociedades bien definidas: la formada por los blancos y blancoides y la constituida por los indígenas. Entre una y otra hay elementos influyentes, «mestizos», que allá se alían y sirven y aquí explotan y engrilletan por cuenta propia o por cuenta ajena. No ha cristalizado, no ha podido cuajar sino apenas como borroso elemento de clase media. Padece la doble tragedia de sus dos almas irreconciliables y el doble rechazo de los de arriba y de los de abajo. Es evidente que el mestizo ha adquirido algunas condiciones que no existieron en sus ancestros; por ejemplo su adaptabilidad a los más opuestos climas. Resiste el de altura tanto como el tropical: en aquél no prospera el blanco, en éste el indígena parece a corto plazo. Esta ventaja biológica le asegura un porvenir. Los indígenas de la ciudad y los indomestizos (mestizos con predominio indígena) son, en nuestro tiempo, los yanacuna de los Incas, desertores de su comunidad, desarraigados del terruño, fuera del cobijo y protección del grupo, de la gran familia. Ahora como entonces, un espíritu de yanacuna está dispuesto en todo instante a ayudar al invasor, con Pizarro y Almagro, o al terrateniente contra los de su raza.

La disolución de las comunidades, tantas veces aconsejada, tendería a multiplicar el número de los yanacunas, a extender el espíritu de yanacuna; pero, la «persistencia de lo antiguo» no lo permitirá.

Tampoco lo permite el renacimiento indigenista que ha despertado la conciencia de los indígenas e indomestizos urbanos, orgullosos de su linaje, decididos a que sus hermanos de las comunidades se rediman o regeneren.

Este renacimiento está en duelo a muerte con el espíritu yanacuna.

Cuando se emprende el estudio sistemático de la cultura antigua se está sirviendo un interés de mayoría y no uno puramente académico, de recreación erudita. «Lo antiguo» está aquí, presente, lleno de vitalidad y de porvenir, está en millones de hombres productivos, en la conciencia de una gran proporción de seres humanos. Por lo menos sepamos en fuerza de qué razones persiste tan poderosamente.

Y sirva este hecho de convicción como advertencia para no proceder con planificaciones irrespetuosas de la historia y de la realidad y contrarias al principio de libre determinación de los grupos culturales. Aprendamos la lección de Europa, en estos precisos días en que fracasan los ideales y los métodos de impositivo cambio de cultura, después de los preludios guerreros vinculados a los derechos de las minorías, al respeto de su propia cultura.

También dentro de cada país funciona ese principio y, por esta causa, deben ser muy cautas las reformas.

⁴ New Deal: Un nuevo trato

En resumen:

Persiste lo antiguo, porque está más cerca de nosotros americanos que de los euroasiáticos, mucho más viejos y, por lo tanto, más distantes de su iniciación cultural.



Estatuas incaicas de piedra representando pumas (Cusco). Foto Archivo LEV.

4. VIEJO Y NUEVO MUNDO

América es un mundo nuevo en la plena extensión de este concepto. Naturaleza e historia, es decir, tierra y hombre son más jóvenes que en el Viejo Mundo. Cuando nuestro continente se hallaba aún bajo gigantescas capas de hielo, Europa y Asia eran escenarios de la cultura humana. Nuestra fauna de saurios parece haber convivido, así solo fuese en parte, con los hombres. Los Andes son montañas surgidas ayer si se les compara con los Alpes o el Himalaya. No coinciden, porque no existe coetaneidad entre las épocas prehistóricas del desarrollo europeo y las correspondientes al proceso humano en América. Recién en el siglo XVI de la Era Cristiana conocemos el empleo del hierro. El neolítico tiene una larga duración en la prehistoria americana. La antigüedad del hombre de Europa como sujeto de cultura primordial y aun de culturas primarias es mayor en decenas de miles de años que el nuestro. Los americanos junto con los habitantes de Australia, los mares del Sur y el África Continental no hemos vivido dentro de la gran órbita de los pueblos euroasiáticos, no estuvimos incorporados a ella hasta hace apenas poco más de cuatro siglos y medio. Hasta entonces estábamos fuera de la Historia, éramos Tierra incógnita. Se había perdido todo contacto entre los dos mundos desde hace muchos millares de años, desde aquel tiempo nebuloso en que por Behring pasaron desde Asia los primeros habitantes humanos, en una o en varias olas inmigratorias; nos habíamos separado, como ramas desgajadas del mismo tronco, sin guardar el más leve recuerdo. Y esto ocurría cuando el hombre era apenas un representante del paleolítico superior, equipado míseramente, sin más compañía quizá que el perro, sin otro conocimiento de valor para futuros desenvolvimientos que el arte de producir fuego. En esas condiciones elementales, como simple germen de hombres, los americanos fueron desparramándose y tomando posesión sucesiva, dificultosa y lentamente, de todos los territorios del norte, el centro y, por fin, el sur de este hemisferio. Habían de sufrir cambios violentos, acción implacable de las fuerzas naturales hostiles, alteraciones profundas de climas y paisajes. Bajo el golpe de tantos y tan diversos contrastes, el hombre americano fue formándose, fue creando su cultura, su propia y original cultura, porque no tenía ni acervo heredado ni modelos que imitar; estaba solo frente a esta salvaje naturaleza. Pero este contacto dramático, esta incesante lucha de adaptación y de supervivencia, acortó el proceso cultural y, mientras el hombre del Viejo Mundo necesitó centenares de miles de años para salir del ciclo infrahumano, el hombre de América quizá en no más de 30 mil años transformóse a punto tal que comenzó a ganar sus primeras batallas de dominio sobre la tierra.

La cultura americana no cuenta su duración por milenios como Egipto o China. La arqueología reduce cada vez el monto de sus cifras, no pueden ya ser aceptadas aquellas que señalan lapsos mayores a tres mil años para el comienzo de la cultura andina. No presenta ésta, en ningún momento, el aspecto de caducidad y vetustez de las civilizaciones orientales. Por lo contrario, se percibe un aire de juventud, de

lozanía, de primitivismo que tiene su razón de ser no solo en la menor antigüedad sino en la constante renovación experimentada por el estrecho contacto de los grupos civilizados con otros pueblos primarios y, sobre todo, con amplios espacios libres de tierra de nadie. Entonces, como hoy mismo, los páramos y mesetas, los desiertos y bosques, el laberinto de los valles andinos fueron una tentadora invitación a la vida primigenia, al salto atrás, al retorno agreste o selvático. El hombre, como el animal, podía hacerse «cimarrón», sin más que pasar la raya, el ecúmene de la cultura.

A diferencia del habitante de Europa, que muy pronto llena los espacios terrestres hasta este tiempo en que se puede decir sin hipérbole que no queda ninguno disponible, producido, como dicen los químicos, el estado de saturación, el habitante de América, incluso ahora, padece de lo contrario, de soledad, de desamparo, de aislamiento frente a extensiones aún no humanizadas. América es un continente del porvenir más aún que del pasado.

Entre las múltiples diferencias que la naturaleza ofrece a un lado y otro de los mares, tuvo una sorprendente significación la de no existir en América una fauna domesticable equivalente a la que en Eurasia el hombre había puesto a su servicio. En efecto, aquí no tuvimos sino la llama y la alpaca, el pavo y el pato, el perro y el conejo como únicos animales en domesticidad. El caballo –que por curioso contraste es de origen americano– no existió en tiempos que el hombre pudiera haberlo dominado. Tampoco el buey. Pues bien, faltando uno y otro, por necesaria consecuencia, América no tuvo verdadero pastoreo, ni nomadismo pastoril, ni ciclo de pastores, ni sentido «caballeresco» o señorial a la manera de Occidente. Todavía más: el Estado en América no fue el fruto del dominio de pueblos pastores sobre pueblos agricultores; no se formó la sociedad de dos clases basada en esta relación de supraordinación y subordinación. No hubo esclavitud, por lo menos en el Perú. El régimen económico no llegó a la fase mercantil, al uso de la pecunia (de pecus, ganado), al sistema monetario. Los pastores fueron los primeros ricos, los primeros que acumularon riquezas ya en el sentido plutocrático. En América no hubo ricos como atesoradores de moneda, de mercadería o de rebaños. No era concebible la plutocracia.

Sobre el círculo de cultura pastoral, Europa, Asia y Norteáfrica fundan en gran parte sus estructuras económicas, jurídicas y políticas. Desde ahí arrancan las raíces de la cultura occidental, el derecho romano, la economía mercantil y los Estados modernos. Es más: el ciclo pastoral es el gran catalizador que transforma las culturas primitivas en culturas superiores. A los hombres de este ciclo se refiere Weber cuando dice: «... el hombre plenamente dominador que deja atrás el trote del buey de sus antecesores y desaparece en el espacio y que como jinete dominador del animal más noble se siente emparentado con los dioses, no surge sino donde se da el hombre que ya se ha convertido esencialmente en nómada a caballo» (CXXVI). A ellos se refiere cuando agrega que «los portadores del destino histórico, los agentes de los acontecimientos, son pueblos indiscutiblemente dominadores, señoriales; y, por consiguiente, en puridad, la verdadera historia y sus fundaciones comienzan con ellos» (CXXVI).

Weber, siguiendo esta lógica, acaba con la afirmación de que los cuatro grandes pilares de la Historia son las culturas egipcia, sumerio-acadia-babilónica, china e indostánica. Las mencionadas culturas forman el denominado bloque euro-asiático-norafricano, «único ámbito dentro del que se desenvuelve la totalidad del acontecer histórico» (CXXVI). En él no están insertas ni guardan con él la más leve relación las culturas de América, de África Continental, de Australia y de los Mares del Sur.

No somos usufructuarios de la alta cultura del Viejo Mundo sino a partir de 1492. Toda la formación cultural de América, como se dijo ya, es obra de los propios americanos que nada recibieron de fuera. Resulta altamente anacrónico hablar en nuestro tiempo de atlántidas o lemurias tanto como de influencias chinas. Igual anacronismo aparece en quienes estudian los valores culturales de América antigua a la luz de la religión cristiana, del derecho romano, de los cánones estéticos griegos, de la teoría del Estado europeo o de la economía mercantil. Hasta hoy no se hizo Historia sino Filosofía, se juzgó antes de conocer y de entender los componentes y el total de la cultura en América. Las nuevas disciplinas de la etnología y de la historia de la cultura hacen posible un enfocamiento científico, alejando para siempre el empirismo de las interpretaciones arbitrarias. A nadie se le ocurrirá resolver los problemas de América antigua, aplicándoles las soluciones europeas o su simplísimo sentido común.

5. LA HISTORIA DEL PERÚ

Nuestra historia como la historia general de América se divide en dos grandes épocas: la de la antigüedad y la de los tiempos modernos. Comprende la primera todos los hechos anteriores al Descubrimiento y la segunda todos los posteriores, hasta nuestros días, con esta sola diferencia: para la del continente en su conjunto se toma como fecha de este divorcio cronológico el 12 de octubre de 1492, en tanto que para el comienzo de la historia escrita del Perú puede convenirse en la de la entrada de los españoles a Cajamarca el 15 de noviembre de 1532. Entre una y otra fecha existe, pues, una diferencia de cuarenta años. Este lapso comprende acontecimientos que siguen siendo, para los peruanos, época antigua o precolombina, por mucho que ya, cuando menos desde 1525, existen datos relacionados con la aparición de europeos en los últimos términos del Imperio Incaico.

De todos modos, el hecho trascendental es la presencia de Pizarro y los suyos frente al Inca Atahualpa, capturado al día siguiente (16 de noviembre). La Época Antigua puede ser subdividida en dos partes: a) el Imperio de los Incas y b) los tiempos que le precedieron, o sea tiempos preincaicos. Sobre los primeros poseemos testimonios arqueológicos, tradicionales e históricos. Sobre los segundos, alcanza mayor dominio la arqueología y una faja muy estrecha la tradición y la historia. Abarca ambas épocas la etnología que estudia las sobrevivencias de los pueblos incaicos y también las de aquellos que recibieron solo en parte o en una proporción mínima la influencia del Estado cusqueño. Los documentos históricos de que se dispone emanan de los primeros españoles que alcanzaron a describir, muchas veces en detalle, los distintos aspectos del Tahuantinsuyo, en el momento en que lo descubrían. Comprenden también las investigaciones que se hicieron casi inmediatamente después, como las Informaciones de Vaca de Castro. Todo el resto del siglo XVI y el primer tercio del XVII son fecundos en crónicas, historias generales y parciales, relaciones, encuestas, documentación oficial de carácter político, económico, jurídico, religioso, etc., que proporcionan un abundante y precioso material para reconstituir la historia de los Incas. Ya no son todos españoles los que escriben la historia: surgen ilustres mestizos como el Inca Garcilaso y Blas Valera e indígenas bien informados de su cultura como Juan Santa Cruz Pachacuti Salkamaywa o Felipe Huamán Poma de Ayala. Es en estos hijos primeros de la nueva cultura peruana que alienta un sentimiento de patria y un justificado orgullo por su edad de oro.

El historiador cuenta con los notables progresos de la investigación arqueológica, con el creciente interés de los etnólogos y lingüistas revelado en múltiples estudios, con la crítica de las fuentes documentales, en fin, con la depuración de tan vasto material que permite ya obras de síntesis y primeros intentos para trazar la configuración general de la Cultura Antigua del Perú. Para dicha empresa, el método puesto en

práctica es comenzar por el conocimiento exhaustivo de la historia de los Incas, el período más próximo a nuestro tiempo, sobre el que versa la máxima proporción del acervo documental, del que se conserva vivas tradiciones, usos y costumbres y, en parte, hasta instituciones; que puede ser conocido a través de su lengua empleada actualmente por millones de hombres, y a la luz de sus monumentos, muchos de ellos en pie, gracias a lo noble del material de que fueron construidos. Es la cultura de los Incas síntesis de las que la antecedieron y es también la fase cultural última que, desde el día de la invasión española, se halla en proceso de mestizaje («aculturación»). Es la única directamente captada en el siglo XVI por quienes la estudiaron, la única que se mantuvo incólume en el registro de la fuente tradicional indígena, cuando sus depositarios, los cronistas de cada Inca (Quipucamayoc) dictaron sus textos a españoles tan fidedignos y acuciosos como Cieza de León y Betanzos.

Los tiempos anteriores a los Incas, acerca de los cuales no queda sino material arqueológico —abundante y precioso— no podrán ser comprendidos sin el previo estudio que se señala, por mucho que haya sido y sea aún posible rastrear en los residuos de su tradición. Nadie sabe qué idiomas fueron hablados por los hombres de Chavín o de Tiahuanaco. El de los Chimú ha desaparecido junto con tantas otras lenguas que sirvieron de subculturas preincaicas. Además del quechua, idioma del Inca, no queda vivo sino el aymara, si prescindimos de los muchos que se hablan en el Oriente Selvático, que no son vehículos de alta cultura. Las ricas representaciones figuradas en la cerámica, los tejidos, la escultura, etc., son objeto de mera interpretación que no puede consolidarse si no está respaldada por las pruebas que solo alcanza a ofrecer el texto de una leyenda mítica o de una concepción religiosa o de costumbres registradas o sobrevivientes, de ceremonias descritas por historiadores o etnólogos que las observaron en el siglo XVI o en nuestros días. En fin, el indicio arqueológico no es bastante, con mayor razón si no existe epigrafía. La historia de las interpretaciones arqueológicas es harto reveladora del terreno muy resbaladizo en que se desenvuelven. Partiendo de esta base firme que es la historia de los Incas, será menos arriesgado remontarse a tiempos más lejanos, con la singular ventaja de que no se trata sino de una sola historia: de una sola gran cultura: la cultura antigua del Perú.



Atahualpa, el día de Cajamarca, con Pizarro y el Padre Valverde. (Dibujo de Guamán Poma de Ayala)

6. HAY UNA HISTORIA INCAICA

Pedro Sarmiento de Gamboa (XCIIa), cuya obra histórica precisa discriminar cuidadosamente, limpiándola del «toledismo» circunstancial, afirma enfáticamente la existencia de una verdadera historia de los incas. He aquí algunos párrafos pertinentes:

... «Tenían estos bárbaros una curiosidad muy buena y cierta, y era que unos a otros, padres a hijos, se iban refiriendo las cosas antiguas pasadas hasta sus tiempos, repitiéndoselas muchas veces, como quien lee lección en cátedra, haciéndoles repetir las tales lecciones historiales a los oyentes, hasta que se les quedasen en la memoria fijas. Y así cada uno a sus descendientes iba comunicando sus anales por esta orden dicha, para conservar sus historias y hazañas y antigüedades y los números de las gentes, batallas, muertes, destrucciones, fortalezas y cinches. Y finalmente las cosas más notables que consisten en número y cuerpo, notábanlas, y agora las notan, en unos cordeles a que llaman quipo, que es lo mismo que decir racional o contador. En el cual quipo dan ciertos nudos, como ellos saben, por los cuales y por la diferencia de los colores distinguen y anotan cada cosa como con letras. Es cosa de admiración ver las menudencias que conservan en aquestos cordelejos, de los cuales hay maestros como entre nosotros del escribir. Y demás de esto había, y aun agora hay, particulares historiadores de estas naciones, que era oficio que se heredaba de padre a hijo. Allegóse a esto la grandísima diligencia del Pachacuti Inga Yupangui, noveno inga, el cual hizo llamamiento general de todos los viejos historiadores de todas las provincias que él sujetó, y aun de otras muchas más de todos estos reinos, y túvolos en la ciudad del Cusco mucho tiempo examinándolos sobre las antigüedades, origen y cosas notables de sus pasados de estos reinos. Y después que tuvo bien averiguado todo lo más notable de las antigüedades de sus historias, hizolo todo pintar por su orden en tablones grandes y diputó en las Casas del Sol una gran sala, donde las tales tablas, que guarnecidas de oro estaban, estuviesen como nuestras librerías, y constituyó doctores que supiesen entenderlas y declararlas. Y no podían entrar donde estas tablas estaban sino el inga o los historiadores, sin expresa licencia del inga» (pág. 34).

Más adelante sostiene Sarmiento de Gamboa que él se informó, con mucha diligencia. «Y de esta manera se vino a averiguar —dice— todo lo de sus pasados y a quedar tan manual a toda suerte de gentes, que el día de hoy los indios menudos y los mayores generalmente lo saben, aunque en algunas cosas tengan varias opiniones por particulares intereses. Y así examinando de toda condición de estados de los más prudentes y ancianos, de quien se tiene más crédito, saqué y recopilé la presente historia, refiriendo las declaraciones y dichos de unos a sus enemigos, digo del bando contrario, porque se acaudillan por bandos y pidiendo a cada uno memorial por sí de su linaje y del de su contrario» (pág. 35).

Se desprende de todo lo transcrito que todavía en 1572 era posible examinar a los cronistas indígenas y recoger mucha de la tradición difundida en el pueblo. Pero algo que no expone con suficiente amplitud Sarmiento es el hecho de que cada Inca tuvo su propio biógrafo, encargado exclusivamente de relatar las hazañas de su reinado y que cada linaje de Inca no se mezclaba con los otros, conservándose de este modo un verdadero culto por el soberano que le dio origen. Así, es posible reputar como en gran parte verdadera la versión histórica sobre cada período de gobierno, transmitida independientemente de la historia general del Imperio y, por consiguiente, con mayores garantías de exactitud.

La suma de todas estas crónicas particulares es la Historia de los Incas.

Es un hecho perfectamente comprobado que cada uno de los ayllus primitivos así como de los linajes o panacas formadas por sus sendos creadores permanecieron separados, muy leales a su fundador y celosos de su prosapia. Sarmiento y otros historiadores traen largas listas de los descendientes de dichos linajes y ayllus a quienes conocieron y examinaron. Sus versiones seguramente se referían tan solo a la historia particular que en manera más directa les comprendía. Este hecho queda explicado en parte cuando Sarmiento se refiere a la institución establecida por Manco Cápac, quien –según aquél– «ordenó para conservación de su memoria lo siguiente: que su hijo mayor y de su mujer legítima, que era su hermana, sucediese en el estado, y si hubiese hijo segundo, a éste diese cargo que tuviese cuidado de amparar a todos los demás hijos y parientes, y que ellos le reconociesen por cabeza para sus necesidades, y se apellidasen de su nombre, y él tuviese cargo de los favorecer y sustentar, y para esto les dejó hacienda. A esta parcialidad o bando o linaje llamó Ayllu, que era lo mismo que linaje. Y si faltase hijo segundo, y aunque lo hubiese, si era incapaz de gobierno, lo encargase al pariente más cercano y de más habilidad. Y para que de él tomasen los venideros ejemplo, hizo el primer ayllu y llamóle Chima Panaca ayllu, que quiere decir linaje que descende de Chima; porque el primero a quien dejó encomendado su linaje o ayllu se llamó Chima y Panaca, que quiere decir descender. Y es de anotar que los de este ayllu siempre adoraron la estatua de Manco Cápac y no las demás estatuas de los Ingas, y los ayllus de los demás ingas adoraron siempre aquella estatua y las demás».

Agrega finalmente: «Hay en este linaje agora en el Cuzco algunos que conservan la memoria y hechos de Mango Cápac. Las principales cabezas son estos: Don Diego Checo, Don Juan Guargua Chima. Son hurincuscos» (pág. 49).

En la pormenorizada relación que hace el autor de los hechos de cada monarca, termina cada biografía con anotaciones semejantes, confirmando una y otra vez que la versión que recoge corresponde a descendientes vivos de cada Inca que mantienen viva también su correspondiente historia oficial, y no más. La orden de Manco Cápac de que cada linaje llevase el nombre de aquel segundo hijo al cual se encomendaba su cuidado se cumple, como se ve en esta aserción: «Nombró Inga Roca Inga por cabeza de su linaje a su hijo Vicaquirao, y así se llamó y agora también se llama su parcialidad Vicaquirao Panaca Ayllu» (pág. 57).

Algunas veces se halla el cronista en presencia de dos versiones, como en el caso de la infancia de Yaguar Guaca, y opta por transcribir ambas. Evidentemente que, en ciertos casos, en que se produce conflicto, ello es debido a que intervienen en la información descendientes de señores cuya vida fue objeto de distinta apreciación, como cuando los de Orkon afirman que éste había sido legítimo heredero y sus contrarios sostienen lo opuesto. Se trata de posiciones políticas contradictorias; pues, como se sabe, dicho príncipe fue apartado por su hermano Huiracocha, a pesar de que el padre común Yaguar Guaca señaló al primero como su heredero.

Es natural que los textos históricos relativos a los Incas sean mucho más extensos a medida que se aproxima la Nueva Era que comienza con la entrada al Perú de los conquistadores españoles. La tradición se mantenía con inusitado vigor a partir de los hechos guerreros del Inca Huiracocha y con los del deslumbrante apogeo bajo el incazgo (palabra que introduce Sarmiento) de Túpac Inca Yupanqui. Había aun muchos ancianos que conocieron personalmente a este último. La «actualidad incaica» del siglo XVI incluía los hechos, los juicios y los intereses en juego desde sus últimos reyes.

Es posible que a las glorias de Pachacútec fueran agregadas o acumuladas las de sus predecesores, como alguien insinúa. De todos modos, a los textos esquematizados, estilizados, de los primeros siglos, siguen los más amplios y abundantes en loas y alabanzas que corresponden a los postreros gobernantes.

Es idéntico el proceso en todas partes. Siempre los contemporáneos o más recientes ocupan un más ancho espacio en las relaciones históricas.

Entre los muchos y sugestivos relatos, hay uno de gran enseñanza y es el que alude a las construcciones de Ollantaytambo (Tambo). Resulta de él que fueron collas prisioneros quienes iban levantándolas, bajo Pachacútec. Este dato fidedigno viene a confirmar la hipótesis que alguna vez sostuvimos acerca de que dichos edificios «imitaban el estilo de Tiahuanaco». En consecuencia, quedaba rectificado lo que habíamos afirmado muchos años antes sobre ser tiahuanacuenses o sea preincaicas las fortalezas de Tampu. Todo lo contrario, ahora se ve que correspondían a las obras arquitectónicas más recientes.

Este ejemplo es muy aleccionador para el arqueólogo. No puede éste, como algunas veces pretende, poner de lado las fuentes históricas.

Treinta años antes que Sarmiento de Gamboa, las Informaciones de Vaca de Castro (CXVII) estaban precedidas de esta noticia dada por los indígenas entonces examinados: ... «dixieron que todos los ingas pasados tuvieron sus quipocamayos, ansi del origen y principio de ellos, como de los tiempos y cosas acontecidas en tiempo de cada señor dellos, e dieron razón que con la venida del Chalcochima e Quisquis, capitanes tiranos por Ataoallpa inga que destruyeron la tierra, los cuales mataron todos los quipocamayos que pudieron haber a las manos y les quemaron los quipos, diciendo que de nuevo habían de comenzar (nuevo mundo) de Ticci Cápac Inga, que así le llamaban a Ataoallpa Inga, dieron noticia algunos que quedaron, los cuales andaban por los montes atemorizados por los tiranos pasados. Vaca de Castro envió luego por ellos y le trajieron ante él cuatro muy viejos»... «Estos quipucamayos habían sido a manera de historiadores e contadores de la razón, y fueron muchos y en todos ellos había conformidad en sus quipos y cuentas; no tenían otro ejercicio más de tener gran cuenta de sus quipos ansi del origen y principio de los ingas, como de cada uno en particular, desde el día que nacía cada uno, como de las demás cosas acontecidas en tiempo de cada señor de ellos. Estaban obligados a dar cuenta y razón de todo lo que les demandasen, y estaban obligados a enseñar a sus hijos y tenerlos bien examinados y verdaderos, dándoles a conocer las significaciones de cada cosa... Los que trajieron ante Vaca de Castro pidieron término para alistar sus quipos y se les dieron y en parte cada uno de por si, apartados los unos de los otros, por ver si conformaban los unos con los otros en las cuentas que cada uno daba. Dieron este cargo a persona de mucha curiosidad e interpretación de Pedro Escalante, indio ladino en lengua castellana... con asistencia de Juan de Betanzos y Francisco de Villacastin, personas que sabían muy bien la lengua general de este reino, las cuales iban escribiendo lo que por los quipos iban declarando... Por las cuentas de los quipos

que estos contadores daban era desde el día que nació el inga, y del tiempo, años y edad en que tomaban la posesión del señorío y la edad que tenía al tiempo que lo tomaba cada uno de ellos y los años que reinaba hasta su fin y muerte, y entraba otro sucesor en la misma cuenta, así sucesivamente desde el primer inga que fue Manco Cápac hasta el postrero que fue Uascar inga; y éste por la cuenta no se halló que había señoreado más de dos años cuatro meses que luego lo mataron» (pág. 5).

Según el cómputo de los quipucamayos había durado el reino 473 años, distribuidos entre los doce incas que se sucedieron desde Manco Cápac hasta Huayna Cápac inclusive.



Manco Cápac. Imagen Archivo LEV.

7. ORIGEN Y UNIDAD DE LA CULTURA PERUANA

La cultura desarrollada en el área andina es el resultado de las mezclas de los círculos culturales primarios que ocuparon nuestro territorio en las zonas de selva, de serranía y de litoral marítimo. Como toda alta o superior cultura no es simple sino compleja, no es pura sino mestiza.

Sobre el terreno así preparado por el humus de distintos orígenes, una vegetación nueva, robusta y fresca se desarrolló en los Andes, mesetas y valles templados, para volcarse después hacia los otros paisajes secundarios. Tenemos de común, nos parecemos, a los otros grupos culturales de América en todas aquellas manifestaciones primarias, por lo cual se puede decir con exactitud que tomamos contacto con el resto del hemisferio por la base, pero que nos apartamos de él, haciéndonos desemejantes, por la cúspide.

Todavía más lejos va la semejanza de los sedimentos si comparamos la masa de elementos culturales más simples y remotos con los coetáneos de otros pueblos asiáticos u oceánicos. Se reputa que ese mínimo equipo acompañó al hombre que en dos o tres sucesivas olas probó nuestro continente con procedencia de la otra orilla del Mar Pacífico.

Cuando surge la alta cultura andina con un complejo variado y rico de elementos, se extiende sobre nuestro territorio, pero no como pudiera hacerlo sobre una superficie tersa y uniforme sino como líquido que se derrama por concavidades múltiples, de las más diversas formas y naturaleza. El líquido sigue siendo uno solo, pero las vasijas que lo recogen son muchas y distintas y el líquido se hace a la vasija y la vasija a su vez debe darle y le da su configuración. La cultura es una, varias sus expresiones. No existen muchas culturas sino muchos estilos.

Del mismo modo como la bella planta brota, se desenvuelve y florece sobre el terreno formado por miles y miles de otras especies botánicas extintas que hacen el suelo vegetal, así la planta de la cultura alza su tallo y difunde su aroma o regala su fruto emergiendo del terreno creado y hecho fecundo por el abono de muchas culturas precedentes, cuyos elementos vitales se incorporan al nuevo ser. La planta de la alta cultura antigua del Perú es indígena de su suelo, no fue extraída de otras latitudes, ni recibió injertos de ramas de otros árboles extranjeros. Creció sola y magnífica, alimentándose de los jugos de la propia tierra. Pero, cosa extraordinaria, en el vivero inextinguible de la Amazonía seguían existiendo los precedentes círculos de cultura exactamente como pudieran coexistir la planta domesticada y su ancestral fruto espontáneo o silvestre. Las tribus selváticas, ayer como hoy, conservan en mundo aparte los principales elementos de su más alejada historia y esos elementos como el polen o como los gérmenes volaban sobre el

área andina y volvían a prender y daban vida a creaciones o inventos superados. Por ejemplo, en zonas de alta cultura subsistía el uso de la cabeza-trofeo de los jíbaros cazadores de cabezas, o la tembeta labial, o la deformación corporal, que son las notas de primitivismo que establecen gran contraste con el ser general de la cultura superior, más humana y más digna.

Cuando se revisa el gigantesco acervo de testimonios arqueológicos que ha dejado el Perú precolombino o se analiza la investigación etnológica en realización, se comprueba dos hechos al parecer contradictorios: de un lado, una variedad y riqueza imponderables de formas y tipos, de bien mezclados estilos y, de otro, una concepción del mundo, un ritmo en la técnica y el arte, un modo de ser en general que borra todas las diferencias morfológicas para solo percibir el espíritu de una sola gran cultura. Esa sola gran cultura es la nuestra, la del norte, el centro o el sur del Perú, la de la costa, la sierra o la montaña, la de los Incas, los Chancas, los Chimús, o Tiahuanaco o Chavín. Toda encerrada dentro del marco del territorio del Gran Perú. Ninguna de las fases puede adquirir suficiente independencia como para constituir una cultura propiamente dicha, a lo más que puede llegarse es a la determinación de ciertas subculturas, por algunos rasgos particulares que no afectan la sustancia y la unidad que cada día delinear y definen mejor arqueólogos e historiadores.

Origen peruano de la alta cultura peruana. Una sola gran cultura. Lucha entre peruanos. Predominio de un conjunto cultural, de una tribu, de una nación o de un sistema confederal. Constitución de un Imperio. Todos son fenómenos culturales peruanos. Todo el drama es peruano y sus actores nacidos en el inmenso territorio que un día se llamó Tahuantinsuyo o la Tierra en sus Cuatro Rumbos Capitales. ¿Para qué hablar entonces de culturas importadas o de culturas múltiples o de guerras o de conquistas e invasiones, como si este campo nuestro tuviera algo que ver con el telón de fondo euroasiático, en el que proyectaban los hechos históricos del Perú los viejos cronistas y lo hacen aún historiadores de nuestro tiempo? Aprendamos a proyectarlos en nuestro propio plurisecular panorama.



Mapa del Imperio Incaico. Archivo LEV.

8. PERÚ EN EL MUNDO

a. América y Perú

Cada día se afianza más el concepto de la unidad fundamental de América precolombina. Los arqueólogos y etnólogos que en estos últimos veinte años exploran nuestro continente, llegan por diversos caminos a la misma conclusión. Es un hecho de simple observación que existen grandes semejanzas entre los pueblos indígenas de un extremo a otro del Nuevo Mundo y que las diferencias que existen entre ellos son mucho menores que las que se pueden comprobar entre un americano y un habitante de Asia o Europa, África u Oceanía. Por mucho que sean perceptibles los caracteres propios, sobre todo de las altas culturas desarrolladas en Perú, Centroamérica y México, no son suficientes como para borrar lo que tienen de común en su ser íntimo, en su actitud cósmica y social. Ese denominador común está compuesto, entre otros, por los siguientes elementos culturales que aparecen arriba y abajo de la línea ecuatorial: el perro, el equipo de palitos para producir el fuego, el bastón del recolector, el punzón de hueso, el juego de pelota, la casa en forma de colmena, la trampa sencilla, los adornos de oreja, la tembeta, la flauta mataka, la estólica, arcos y flechas en general, las de cabeza roma para caza de pájaros, la lanza, el arpón y flecha simple neolítica, el hacha «a gorge», la red de pescar. Todo este conjunto que se caracteriza por su amplia distribución y por su naturaleza, sobre la que no influyen cambios de medio físico, parece justificar la hipótesis de que formaron la impedimenta del hombre que vino de Asia a poblar este continente. Este complejo de elementos significaría, pues, algo como una base sobre la que se alzaron las distintas formas culturales posteriores hasta las más avanzadas.

Es así como aparecen más tarde elementos nuevos e independientes en Norte y Sudamérica. Entre estos últimos Nordenskiöld (LXXI) cita: la mandioca y el aparato para extraerle el ácido prúsico a fin de hacerla comestible; el curare, varios narcóticos, el caucho, la pelota hueca de goma, los anillos elásticos de este mismo material, la jeringa de clister, los enemas narcóticos, la greda cocida, los útiles de greda con espículos de esponja, los utensilios de greda de bordes huecos y bolitas de arcilla dentro, modificaciones sustanciales en flechas, cerbatanas, canastos y otros objetos. Todo este complejo pertenece a las tribus agrícolas de Amazonía. En el área cultural de los Andes, podría mencionarse: el cultivo de papa, oca, olluco, quinua, cañigua, etc., la domesticación de la llama, las fortificaciones dentelladas como Sacsayhuaman, la soldadura de cobre, los instrumentos cortantes de tumbaga (aleación de cobre, oro y plata), los quipus.

En cuanto a elementos que son propios de la América del Norte, enumera Nordenskiöld los siguientes: vestidos a la medida, guantes, tiendas de cuero, telar en que se fabrica el tejido de arriba abajo, con urdimbre formada por hilos colgantes desconectados en el extremo inferior, los depósitos secretos de provisiones (caches), los arcos de cuerdas de tendones, los arcos compuestos, los rapadores de dos manos,

el alisador del astil de las flechas, el carcaj, el arpón de vejiga, el tobogán, el trineo, los «travois», el perro como animal de tiro, las piedras perforadas en anillo, la pelota doble, los juegos de adivinanzas, el molinillo para moler semillas, el canasto para saltar, las ollas de cocina para colgar sobre el fuego, el tambor de pies, los trabajos de plumas, las casas con escape de humo por el techo, las agujas para tejer redes y mallas, las piedras de linderos.

Considera Nordenskiöld que los primeros inmigrantes venidos del norte a la América austral no conocían la agricultura, ni la metalurgia, ni la cerámica, ni aun los objetos de piedra y el arte de tejer. En cambio, debían estar adiestrados en la cestería, en la fabricación de vestidos de pieles, en la de cierta forma elemental de embarcaciones, pero «en ningún caso» el bote monóxilo. Pocas armas, entre ellas el arco y la flecha. Supone el mismo etnólogo que esta inmigración fue seguida de otra, después de un largo período, la cual estaría compuesta por gentes algo más avanzadas que los primeros nómades del bajo escalón recolector. Todavía llega Nordenskiöld hasta identificar el tipo somático; los últimos eran branquicéfalos, en tanto que los anteriores, dolicocefalos. Estas migraciones tuvieron una completa paralización muchísimo tiempo antes de que aparecieran las altas culturas del Perú, Centroamérica y México. Es muy elegante la expresión del ilustre americanista sueco, cuando escribe: «Después de la cesación de estas inmigraciones, solo el pensamiento, o mejor dicho las ideas, cruzaron el istmo de Panamá, pero no las tribus indígenas mismas».

Tratando ya de las culturas superiores, Nordenskiöld hace un balance entre los elementos culturales propios del Perú y no transferidos a México-Centroamérica y viceversa, con el resultado que sigue: En Perú, la llama, el cuy, el pato almizclero, la papa, la coca, la quinua, la oca, el olluco, la arakacha, la balanza de pilón, la de escala, los rostros humanos esculpidos en rocas, la uruya o puente de una cuerda, el hacha de metal en forma de T, el hacha de metal con perforación por el astil, el tupo (o prendedor), la makana con puntas de metal incrustadas, la campana de cascabeles, la corneta de arcilla tubular enroscada, la reducción de cobre nativo, la fundición del cobre, la soldadura de cobre con plata, el plateado del cobre, la soldadura de barras de cobre con azufre, la wayra o fogón para metal, los clavos de los utensilios de oro y plata, las aleaciones de oro y plata y de plata y cobre, los moldes de madera para repujar vasos de oro y plata, los hilados de lana, la pajcha o vaso ceremonial, las chullpas rectangulares y circulares, los muros de piedras alternadas, muchas de grandes dimensiones y extremadamente bien unidas, sin mezcla adhesiva alguna, las fortificaciones de aspilleras, las fortalezas defendidas, con fosos-trampas. En cambio, no pasaron a Sudamérica y, por lo tanto, al Perú, los siguientes elementos centroamericano-mexicanos: la cochinilla, el cacao, el pavo, las columnas de piedra, el arbotante del arco, el mortero o cemento de cal quemada, los edificios profusamente ornamentales con esculturas, los juegos de piedra adheridos a edificios, formando figuras esculpidas, la makana con incrustaciones de obsidiana, el calón de carga, las muñecas con brazos articulados, el teponaztli, los mosaicos de plumas pegados en papel, las sillas con respaldo, los metales con tres o cuatro patas, la obsidiana pulida a perfección, los tubos de cobre para taladrar piedras, un sistema de escritura, un calendario, un signo matemático para el cero, otro para el menos, la epigrafía cronológica, el papel, vasijas para quemar incienso, la silla baja con respaldo, la cubierta de greda gruesa, los caballetes de las casas, los juegos del volador, los tambores de carey, el torno rústico de alfarería, los vasos de greda compuestos de varias piezas y barnizados con la resina del insecto de la laca.

No hubo contacto entre las dos culturas en forma directa. Ninguna aprendió así de la otra. Es curioso como no se ha encontrado en Sudamérica ningún objeto fabricado o enviado de México o Centroamérica. (Más bien se puede sostener la recíproca: hachas peruanas u objetos de oro peruanos han sido hallados en las áreas septentrionales).

La existencia de elementos comunes que podía explicarse por intercambio, Nordenskiöld se inclina a hacerlo de este otro modo: «A mí me parece —dice— más natural suponer que dos pueblos de cultura parecida o similar que viven en las mismas condiciones son capaces de hacer los mismos inventos, lo que no sucede con pueblos de distintas civilizaciones y ambientes».

Sin embargo, no deja de reconocer posibles precedencias en los inventos y consecuentes asimilaciones. Un dar y tomar, valiéndose de intermediarios.

En cuanto a la metalurgia, cree Nordenskiöld que América del Sur es la donante y México receptor, de acuerdo con las investigaciones del Profesor Rivet, quien llega a sostener que la metalurgia ha influenciado directamente a México por medio del comercio costanero del Pacífico.

Dos son las áreas metalúrgicas, según el mismo profesor: una que comprende el Perú, en el cual son conocidas las técnicas del oro, la plata, el cobre, el plomo y el platino y las aleaciones de oro y cobre, oro y plata, plata y cobre y bronce. La otra comprende Colombia con las correspondientes al cobre, platino y oro y la aleación de cobre, plata y oro denominada Tumbaga. Según Kroeber, esta última fue anterior, en la costa peruana, a la del bronce, que parece haber aparecido ya bajo los Incas. Las tenacillas de cobre y de bronce, empleadas para la depilación, son típicas del Perú y raras en Centroamérica y México.

En cuanto a la cerámica, cree Nordenskiöld que la donante es Norteamérica y receptora la América del Sur, aun cuando este arte alcanza su máximo desarrollo técnico y artístico en el Perú, donde la variedad de formas y la expresión naturalista son sumamente notables. El movimiento del cuerpo humano es muy perfeccionado. Mientras las vasijas de tres patas son centroamericanas, las de golletes, asas y orejas son típicas del Perú. Los moldes parecen proceder de América Central. La aplicación de la vasija para depósito de agua es sudamericana. La abundancia de cerámica evidenciada por la fragmentería en grandes cantidades es propia de esta área. El uso de los recipientes de calabaza es muy acentuado en América del Centro (aunque en el Perú, añadimos, es también muy grande, sobre todo en la costa). Ninguna forma mexicano-centroamericana se ha conservado pura en el litoral del Perú, donde, por el contrario, se comprueba con mucha frecuencia la trasposición morfológica de la alfarería serrana (Tiahuanaco o Inca), difusión explicable por el dominio que en otros órdenes sociales debieron ejercer esas entidades históricas andinas. Si hubo una influencia septentrional, ella debió producirse en época remota. Advierte Nordenskiöld lo siguiente: «No podemos declarar buenamente que la civilización peruana no es más que un vástago de la mexicana o centroamericana, solo por la semejanza de ciertos ornamentos, pero estaremos justificados para hacer tal afirmación, cuando podamos probar que la arquitectura, la técnica de los tejidos, las plantas de cultivo más importantes, la irrigación, etc., de los primeros, se deriva de los últimos». (Y eso está por probarse, nadie lo ha probado aún).

Estima el etnólogo sueco que la pintura negativa (que aparece, por ejemplo, en la cerámica Recuay), es una trasposición de la técnica metalúrgica «a cire perdu», que se origina en el N.O. del Perú.

En cuanto a las relaciones entre textilería y cerámica, se hace ver que hay pueblos como algunos de la América del Norte que son buenos tejedores, pero que no tienen cerámica, en tanto que otros, como los patagones, tienen cerámica, pero ignoran el arte del tejido. Un indicio que puede influir en la decisión de que cuál es primera entre ambas artes, es el caso del telar arawak —que parece común al N. y al S. del continente— y más antiguo que el peruano, lo cual significaría ser anterior al arte cerámico el del tejido.

De paso, Nordenskiöld formula la regla etnológica de que el tipo «más reciente de un invento se encuentra en la periferia de su área de distribución».

Cuando se procede al estudio comparativo entre la arquitectura del Perú y la de Centroamérica-México, se hallan muy notables diferencias. Mientras la del Perú es de una «simplicidad severa» y de perfecta adecuación a su objetivo útil, la de Centroamérica es muy complicada sobreabundante de ornamentaciones escultóricas y pictóricas. La del Perú es de saltante solidez y acusa un gran dominio del material, lo que no siempre ocurre en la otra área, donde se ignoró inclusive el método de alternancia en la colocación de las piedras componentes de un muro. Los vastos ambientes encerrados en la construcción peruana contrastan con las piezas pequeñas y asimétricas de los edificios mayas. Acentuaban éstos su interés en presentar impresionantes frontispicios. El corte de la piedra, sobre todo para construcciones circulares, tan bien logrado, principalmente en las chullpas del altiplano sudperuano, no era conocido arriba del ecuador. El adobe era un elemento cultural peruano solo empleado, fuera de esta área, por los indios Pueblos. Por otro lado, son características mayas el uso de cemento, de cierto tipo de arco, de columnas de piedra, etc. En conjunto, ambas arquitecturas, la del Perú y la del norte, alcanzaron su alto desarrollo en forma independiente, sin recíprocas influencias. La única estructura aparentemente común es la de las pirámides truncadas que se coronan con un edificio.

Tratando de la trepanación, Nordenskiöld se inclina a la tesis de su origen peruano, en vista del vastísimo uso en comparación con el muy reducido en el norte. Lo mismo en cuanto a los trofeos de cabezas humanas, de empleo muy antiguo en el Perú y reciente en México. Llega el recordado jefe del grupo etnológico de Gottemburg a la conclusión de que, en ningún momento, se produjo una fusión de culturas entre las comparadas áreas norte y sudamericanas. Se decide por la tesis del origen común, pero de su desarrollo independiente, paralelo, arribando a resultados bastantes distintos. Esto no quiere decir que no hubiera zonas de común influencia sobre otros pueblos, como en el Amazonas austral; a su vez, aparecen más hacia el norte o más hacia el sur. Cita los siguientes: el puente de cimbra, la nariguera, la vasija-trípode, los tiestos de greda con tapa, la pintura negativa, los cuños o troqueles cilíndricos, la tumbaga, la sepultura de nivel profundo y la deformación del cráneo. Todos estos elementos eran conocidos en el Perú, menos los cuños o sellos cilíndricos.

Lothrop (LII) nos ofrece las más recientes explicaciones e informaciones sobre el tema principal de este capítulo. Su vasto conocimiento de América, desde Patagonia hasta Canadá, abonan la autoridad que se le reconoce. Comienza por la más remota antigüedad del hombre en América meridional evidenciada en las últimas exploraciones de Bird en el sur de Chile: cazadores, hace cinco mil años, se alimentaron en tierras de Magallanes inclusive de caballos primitivos. De acuerdo con Gladwin, los restos de altas culturas no alcanzan en América a una antigüedad mayor de 2000 años. Observa que los mismos tipos físicos humanos y sus mezclas se hallan en ambos hemisferios colombinos. Hace ver las grandes dificultades que se ofrecen para hacer practicable una comunicación entre Centro y Sudamérica, sea por el istmo de Panamá, por el mar, o vía las Antillas. Después de examinar todas las posibilidades, menciona como lo más plausible un cambio climatológico que introdujo las dificultades actuales que no existían o eran menos en aquel tiempo que el hombre, a pie enjuto, vino del norte hacia el sur. Tratando del desarrollo de la cultura primitiva en Sudamérica, encuentra que esta región «exhibe una admirable adaptación al medio ambiente, lo que ha contribuido por completo al genio inventivo». (Tomo I, pág. 194). En cuanto a la agricultura, Lothrop cree que Sudamérica tal vez sobrepasa a las otras Américas. Mayor número de centros originarios de plantas, también mayor número de éstas domesticadas por el hombre.

Al ocuparse del intercambio entre los países arriba y abajo del ecuador, Lothrop pondera la rapidez de difusión de los elementos culturales y cita como ejemplos históricos los del caballo español en Norteamérica y la gallina en el Perú, ésta llegada antes que Pizarro. Como muestras de amplísimas áreas de difusión pone la del juego de pelota que era conocido desde Paraguay hasta Arizona y las Antillas. O los sacrificios de las flechas que se practicaba desde Nebraska hasta el Perú.

Apunta el dato interesante para la historia de la agricultura americana de que, según los climatólogos, entre los años 5000 y 2000 a.c. de J. C. hubo una temperatura mucho más cálida que permitió acelerar el proceso agrícola. Cuando se ocupa de las culturas avanzadas, se plantea el porqué de la común presencia en América de invenciones tan complejas como tejido, cerámica, metalurgia y arquitectura.

Se refiere a la tesis del origen único sostenida por Spiden. Pero con los descubrimientos de los esposos Vaillant en México y los de Bennet en el Perú, ya no es vigente. Menciona enseguida las hipótesis del Profesor Max Uhle y J. Jijon Caamaño, partidarios de la derivación peruana de un tronco maya. Con gran sencillez, Lothrop observa que el primero no se tomó la molestia de hacer una confrontación cronológica entre ambos términos. «Si esto se hace —dice— las postuladas migraciones (mayas) se hacen imposibles o tuvieron lugar en dirección inversa» (pág. 197).

Está de acuerdo Lothrop con Rivet en cuanto a la base común de la cultura sudamericana en una fuente primaria entre el Orinoco y el Amazonas. Hace alusión a Kroeber, quien, en 1930, creía reconocer ciertos rasgos mayoides en el arte de Chavín, alguna influencia mexicana en las pirámides. Sin embargo, no afirma, sino remite el asunto a un estudio más concienzudo. Volviendo a las ideas de Rivet, el autor «es de opinión que la llave del conocimiento de las más altas culturas en el Nuevo Mundo puede estar en la expansión de la tribu Arawak, cuyo centro original parece haber sido la cuenca del Orinoco. Comenzando hace siglos incontables, los grupos arawak se han esparcido en todas direcciones con ímpetu suficiente para llegar a través de las Antillas hasta la punta de Florida en los Estados Unidos y hacia el sur hacia Bolivia, Paraguay, Argentina y Chile. La lengua arawak es la más ampliamente difundida de todas en las Américas, como lenguaje está clasificado hasta el presente» (pág. 198).

Cree posible la penetración arawak en Centroamérica, proporcionando así lo que Kroeber llamaba «los materiales comunes interamericanos». Además de esta emanación sudamericana hacia el norte, Lothrop menciona como segunda a los Chibchas, cuya influencia se extendió hasta los Altos de Guatemala. Estudia enseguida los testimonios históricos y arqueológicos acerca de la existencia de algunas formas de comercio entre Sudamérica y Centroamérica. Recuerda lo que ya mencionó en otros libros sobre la presencia de esmeraldas y oro del Ecuador en Coclé y en el botín de México, adornos de oro de Coclé y Colombia en Chichén Itza, trabajos de oro peruanos en Guatemala y Oaxaca. Todo esto quizá conducido por viajeros individuales. Pero, también presenta ejemplos de influencias peruanas en ciertas cerámicas de América Central y Panamá. Hasta la presencia de vasijas chimús en tumbas del istmo.

Mientras en el Perú la metalurgia es muy remota, en el área maya recién se introducía a partir del año 850 de la Era Cristiana. No hay, afirma Lothrop, reciprocidad de estos préstamos, porque en Sudamérica no se encuentra nada equivalente. Lothrop se muestra escéptico sobre la posibilidad de influencias mayas en Sudamérica.

El P. John M. Cooper (XXVIIa) formula como hipótesis de trabajo –así la llama– el siguiente cuadro de reconstrucción de la vida cultural en este hemisferio.

La primera ola inmigratoria de hombres dolicocefalos procedía de América del Norte e hizo su entrada ya sea por el istmo de Panamá o vía las Antillas. Ingresaba en un tiempo en que se puede calcular quizá mayor del lapso de cuatro mil años señalado por Spinden. Su cultura era muy simple: carecía de todo conocimiento agrícola, de alfarería, de tejidos, de tabaco o intoxicantes alcohólicos y quizá aún sin la compañía del perro. Producía el fuego por métodos de percusión y horadamiento. Cocía su comida con piedras calientes, usaba peine, se pintaba y depilaba el cuerpo. No había deformaciones de la cabeza. Su grupo social podía ser identificado con la banda, a base de parentesco, ocupando cada banda territorios bien delimitados. Lazos de consanguinidad, parcialidades, jefes poderosos, clases antiguas probablemente no figuraban aún. (En los Gé, aparecen algunos indicios, sin embargo). La unidad social básica es la familia, prevalentemente había monogamia, aunque sin excluir la poliginia. Muy incipientes las manifestaciones del arte y las formas recreativas. En cuanto a la religión, debía ser una mezcla de shamanismo, magia, animismo, poco culto manista y algunas prácticas teísticas.

Dos corrientes culturales parecen existir en aquellos tiempos remotos: una representada en el complejo del armamento, en que figuran la honda, la porra, la lanza arrojadiza, el cual conjunto ocupa casi toda el área andina; el otro complejo integrado por el arco, la flecha, la porra descabezada ocuparía el sector oriental. Esta cultura tan simple alentó por millares de años en las zonas Serrana y Selvática. Dentro de este largo período, comenzaron a surgir muchas diferenciaciones culturales, prehortícolas. Durante el primer milenio antes de J. C., probablemente comienza y se desenvuelve la horticultura, juntamente con sus secuencias: sedentarismo y población en aldeas, intoxicantes alcohólicos, tabaco, arte de tejer, alfarería. El origen de la agricultura –dice el P. Cooper– que ha sido y es objeto de animados debates se explica hoy con mayores fundamentos en el sentido de hallarse en este mismo hemisferio austral. Han debido ser, con probabilidad, la papa en el área serrana, y la yuca, en la selvática, los primeros frutos domesticados. La horticultura se difundió en dos sentidos: a) una, llevando principalmente el maíz, frijoles y papas blancas hasta que cubrió el cinturón occidental que se extiende entre Colombia y Chiloé; y b) otra, como portadora de la yuca y los frijoles hasta extenderse sobre las grandes florestas lluviosas de la región Orinoco-Amazonas. Esta última penetró profundamente en el actual territorio brasileño, las llanuras de Matto Grosso y el Chaco, ocupando regiones solo habitadas por tribus prehortícolas o marginales.

Como se sabe, el P. Cooper divide la América del Sur en tres grandes zonas: la Serrana (Sierre), la Selvática (Silval) y la Marginal. En la primera se desarrolla la alta cultura andina, en la segunda viven las tribus primarias, sobre todo las tres grandes familias de Arawak, Karib y Tupi, en la tercera las agrupaciones primordiales. Considera el P. Cooper –de acuerdo con la mayoría de arqueólogos– que la Cultura Superior Andina, caracterizada entre otros elementos por sus artes del tejido y la cerámica, su metalurgia, su arquitectura y sus instituciones sociales y políticas, no arranca, en sus orígenes, de una época más antigua que los comienzos de la Era Cristiana. Estima que no hay hasta ahora ninguna evidencia acerca de una data cronológica más remota; en tesis general, el Padre Cooper admite una duración de mil años para dicha Cultura Superior, cuya fase imperialista se marca con la aparición de los Incas entre 1100 y 1300 d.d. J. C., quienes se extienden política y culturalmente por una inmensa área del occidente sudamericano. Todavía su influencia, algo diluída, llega a los araucanos, y por intermedio de éstos hasta el estrecho de Magallanes, por un lado, y la pampa argentina, por el otro.

b. Asia y Perú

Nordenskiöld (LXXI), en su sagaz crítica de las teorías que atribuyen al Asia y en especial a la China acentuadas influencias culturales sobre la América y en particular sobre el Perú, menciona como susceptibles de examen los siguientes elementos culturales: 1) metalurgia, con fundición de minerales en mol-des, «a cire perdu», relieve, bronce, dorado, «mettre en couleur»; 2) tejidos en técnicas I kat y Batik; 3) arquitectura artística en piedra y adobe; 4) pirámides; 5) balanza-plato; 6) balanza de pilón; 7) tapadura de dientes; 8) espejos (cóncavos y convexos); 9) literas; 10) hachas de cabezas con agujero (soketet axes head); 11) parasol como insignia de mando; 12) tenacillas de metal; 13) mosaicos de piedras finas; 14) utensilios de madera con taracea de laca (queros).

Observa Nordenskiöld que el bronce no se conocía ni en Colombia ni en la América Central, cuya técnica es peruana y posiblemente originada cerca o en la región del lago Titicaca; que los chimús conocían perfectamente la metalurgia del oro, de la plata y del cobre, no así la del bronce; que sabían moldar, fundir y dorar (agregamos); que los nascas antiguos no conocían sino el oro. Ahora bien, «si se supone que la metalurgia indígena viene del Asia, debemos admitir que debió ser de carácter más o menos homogéneo, dependiente del abastecimiento del material bruto. Es evidente entre tanto que la metalurgia indígena es de origen indígena y que, cuando se descubrió la América, ya habían hecho los americanos, independientemente unos de otros, una serie de inventos en este ramo, y tan recientes que no habían tenido tiempo todavía de propagarlos a otras grandes regiones metalíferas». El bronce incaico llegaba a México muy poco antes de la conquista española. El quipu, la fortaleza en aspillera de Sacsayhuaman, fueron también netamente incaicos, es decir, de data muy próxima.

Si fueran inspiradas estas formas en el ejemplo asiático, habrían sido los incas los imitadores y de ello no queda el más leve testimonio ni guarda armonía, aun en hipótesis, tal explicación con el carácter de modernidad que tienen dichos inventos en relación con otros anteriores al Imperio, donde sería más lógico ubicar la influencia china. Cosa igual tendría que decirse sobre el uso de quitasol como insignia y la denominación del Emperador que es Hijo del Cielo en China e Hijo del Sol en el Perú. Ya Waterman hizo ver la imposibilidad de importar formas. De otro lado, arguye Nordenskiöld: «No puede suponerse que cierto número de elementos culturales del Asia haya podido llegar por tierra al Perú, sin dejar rastros en su camino, después de haberse establecido y progresado en forma sobresaliente en las culturas de México y Centroamérica. Todo esto significa simplemente que los inventos que ya existían en el Imperio de los Incas, pero no en México y en la América Central, habían sido hechos independientemente en la América del Sur o bien importados directamente del otro lado del océano. No tenemos conocimiento sin embargo, de ninguna de estas comunicaciones con el Asia».

Cada uno de los demás elementos resulta con una aparente distribución muy diversa; así, las hachas en forma de T, se conocen en Egipto, pero no en el norte de Asia ni de América; la cacería de patos con calabaza, en México; la pesca con cormoranes, en China y Perú; el yugo, entre chinos, seris y cunas; la coraza acolchada en Perú, México (Yucatán), Borneo, norte de África; los tejidos ikat y batik, en Perú e Indonesia, así como la pintura negativa; la uruya o puente de una cuerda en el Himalaya y Perú; las balsas dobles hechas de cueros hinchados, en norte de Chile y oeste de China; etc. De otro lado, el caso de las balanzas es semejante al del bronce, su invención es reciente. Los demás elementos que se citan como comunes, solo presentan semejanzas. El algodón corresponde a especies distintas en Asia y el Perú.

En resumen: hay un gran número de semejanzas notables entre las avanzadas civilizaciones de la América y las del Antiguo Mundo: pero, vemos también que estos elementos no están repartidos homogéneamente en América. Es en el Antiguo Mundo, en China, Indonesia, Asia Central, las costas del Océano Índico y el Egipto donde podemos buscar formas semejantes a ellas, pero que arguyen contra la idea de un origen común... De esto se deduce que no podemos considerar a las civilizaciones más avanzadas del Nuevo Mundo –de México, la América Central y Perú– como colonias culturales venidas de cualquier parte del Antiguo Mundo.

Sin ánimo de establecer comparaciones entre las culturas del Mundo Antiguo y la del Perú, se anota como simple aporte informativo las siguientes similitudes que no envuelven tesis acerca de relaciones, de todo punto improbables o muy problemáticas.

El arco iris en China es un medio de comunicación entre la tierra y el cielo y su vínculo más ostensible. Lo mismo ocurre entre los antiguos peruanos, quienes lo conciben como una serpiente de dos cabezas que asciende a la región de las nubes y desde allí imaginan también un país de los Muertos, vecino de la tierra de los hombres y con el cual éstos se comunican en instantes sagrados. Se halla ubicado en el subsuelo o las fuentes amarillas, el cual es refugio de las aguas durante el invierno y el reservorio de todas las fuerzas productivas. Idea similar existe en el antiguo Perú, cuando el Ukju Pacha o Tierra de Adentro se presenta como recinto de los muertos y de los gérmenes, dinamo de todas las energías vitales.

Los chinos creen en la potencia fecundadora de las aguas en tal medida que la mujer virgen puede resultar madre nada más que por el contacto del líquido vital en las riberas sacras. Los peruanos piensan lo mismo y aun entre los indígenas actuales se conserva tal creencia, principalmente en cuanto se relaciona con las hembras del ganado que al aproximarse a ciertos lagos (Sajra Kocha) son fecundadas. Guárdase en unos y otros muy claramente la ecuación Semilla-Mujer. Adoran ríos y montañas, como una forma de este culto a los poderes productivos. Cada año se verifica en China como en Perú precolombino, el matrimonio de grandes grupos, precisamente en la periodicidad que relaciona la fecundidad de la tierra con la de la mujer. Toda ciudad noble y santa debe contener un mercado, un templo del Sol y un santuario de los muertos (en China y Perú).

El dragón celeste es uno de los elementos más sugestivamente comunes a China y Perú. Nuestro felino Choque Chinchay, como el dragón oriental, juega un importante papel vinculado con la productividad del suelo, con las lluvias y tempestades, y la creencia en él es una constante a través de toda la antigüedad peruana, pues su expresión aparece en todas las representaciones artísticas de la mayoría de los pueblos y épocas.

Las virtudes del «lugar santo» están relacionadas con el ancestro humano que puede encarnarse en una planta. El suelo se convierte en Tierra Madre con un sentido profundamente matriarcal. Los hombres se ligan a ella con lazos indestructibles y permanentes.

El sol y la luna en el cielo y el rey y la reina en este mundo representan los universales principios masculino y femenino, de cuya conjunción dependen el buen orden y la armonía cósmicos y humanos. El Yang y el Yin hallarían su correspondencia en múltiples manifestaciones de la dicotomía sexual de las cosas y plantas, familiar entre los peruanos. La colaboración de los sexos en el proceso de la economía da un relieve particular en el Perú, donde se presenta muy nítidamente la igualdad jurídica de hombres y

mujeres. Hasta en la conocida poesía que transcribe Garcilaso hay reminiscencias del viejo mito –común a China y Perú– de la vasija y el rayo que la quiebra y hace derramar el líquido que contiene. Llámase Tambor en chino al dragón que produce la lluvia y es una antigua leyenda peruana la del tambor que se desfonda y causa el diluvio.

Si bien por razón geográfico-astronómica, el Perú no presenta cuatro estaciones bien marcadas en el año –como China– debe existir, y no está aún bien averiguado, algún género de relaciones entre los cuatro puntos cardinales y las estaciones anuales. Como se sabe, son Anti, Conti, Chinchay y Colla los cuatro puntos de orientación entre los Incas, que corresponden al este, el oeste, el norte y el sur del Cusco respectivamente. Entre los chinos, el norte representa el invierno, el sur el verano, figurados con un buey negro (el agua) y el otro rojo (el fuego). En la concepción peruana, el Sol jugó un papel principal: es Anti, cuando aparece, Inti, cuando se halla en el cenit y Conti, cuando declina. Este último es el denominado Sol de Fuego. Es muy interesante comprobar que el observatorio solar chino es parecido al incaico. Consta de un gnomon, cuya sombra debe ser determinada para el establecimiento de la respectiva época del año. El sacerdote asiático se sitúa cerca de él en un día fijo, se orienta, examina las versantes soleadas y sombreadas, el yang y el yin, a fin de saber cómo se reparten los principios constitutivos del mundo. Se da cuenta, por fin, de la dirección de las aguas corrientes. No sabemos con exactitud y detalle cómo procedía el sacerdote peruano, pero debió hacerlo en forma análoga.

Entre las insignias del emperador en Perú y China, aparecen el sol y la luna y alguna constelación. Ambos inician las labores campestres, trabajando un rato como meros campesinos. Es el momento en que se produce total armonía entre cielos y tierra, que propicia la buena cosecha. Uno es Hijo del Sol, el otro es llamado Hijo del Cielo.

c. Oceanía y Perú

Es de una gran sugestión el examen de la línea seguida por la papa dulce, uno de los productos más difundidos en el mundo del Pacífico. Como se sabe, este elemento tiene diversos nombres: apichu, camote, batata, entre otros. Pero el más antiguo parece ser el de Kumara. Según los estudios lingüísticos de Palavecino e Imbelloni (XLIII), se puede formar el siguiente cuadro con las variaciones que sufre la indicada palabra:

Perú	Rapa Nui	Nueva Zelandia	Marchesi	Tahití	Arch. Cook	Hawai	Ruck Caroline
Colombia	(Isla de Pascua)				Mangay		
Ecuador					Rarotongo		
KUMARA	KUMARA	KUMARA	KUMAA	UMARA	KUARA	UALA	KAMAL

Esta línea se extendería por un espacio comprendido entre 170° Este y 70° Oeste de longitud. Si se examinan los cambios de la indicada palabra, se verá con toda claridad su evolución, desde su forma originaria hasta sus últimas modificaciones. En el cuadro trazado –que no es exactamente, pero solo en el orden de los lugares, el mismo de Imbelloni– se observa que la forma originaria se mantiene en los antiguos territorios del Tahuantinsuyo, donde se cultivaba el producto, así como en la isla de Pascua y en la Nueva Zelandia. Los cambios comienzan en Marchesi, donde el fonema pierde la R y en Tahití donde queda

suprimida la K. En el archipiélago de Cook, todavía Kuara suena muy aproximadamente; pero en Hawai y en Ruck Caroline sufre una transformación más radical (Uala y Kamal). La identidad de expresiones en otras palabras confirma la de la voz examinada; así Pucara, fortaleza en quechua, y Puhara, en Nueva Zelandia; Unu con idéntico significado de agua, Tunu y Tuu, con la misma acepción de pértiga, en Perú y Rapa Nui. Afírmase que hay un treinta por ciento de elementos fonológicamente polinesios en la lengua quechua. Sin entrar en un análisis de este carácter, se debe únicamente llamar la atención sobre el hecho muy revelador de dichas identidades que pueden servir de base para una de estas dos conclusiones: o una influencia polinésica sobre el Perú, como se sostiene por los lingüistas, o una influencia peruana sobre Polinesia como insinúan los botánicos, especialmente Cook.

Este especialista fundamenta su opinión en el examen de la Kumara, como planta originariamente nuestra, cuya área de difusión precolombina es enorme. Si subsistiera tal hipótesis como válida, ella explicaría el camino seguido, esto es, la línea que, partiendo del Perú, continúa por la isla de Pascua hasta Nueva Zelandia y de aquí la irradiación hacia diferentes partes de la Oceanía y aun del continente asiático. Dirección ésta que coincide con la que hemos fijado en el cuadro precedente. Mas, podría invertirse el argumento, como lo hacen los lingüistas, estableciéndose entonces la dirección contraria: Nueva Zelandia –Rapa Nui– Perú. Sin embargo, fuera del campo etnobotánico en el que tendrá que dilucidarse definitivamente el origen de la planta cultivada, volviendo al lingüístico, encontraríamos los siguientes hechos reveladores.

La palabra Tunu, palo vertical, en quechua, es evidentemente la original y su derivado es Tuu, su equivalente en Rapa Nui. El verbo Apay, quechua, que es llevar, portar, da origen a Apai atu, con el mismo significado en Rapa Nui.

Rasu, la nieve en idioma quechua, es Raxo, blanco en este último lugar. Kaniy, morder, en quechua, se convierte en Kame y Kami, comer, en la isla de Pascua. En cuanto a Perú y Nueva Zelandia, hallamos que la forma originaria Pucara en el primero se convierte en Puhara en la segunda. Mientras en el primero, Inca es el rey, en la segunda Inga es el guerrero u hombre de armas. No cabe duda de que, en unos y otros casos, la razón abona la precedencia peruana de la palabra.

Todo esto hace pensar que no es tan fácil llegar a la conclusión de que todos los elementos análogos entre el Perú y Polinesia proceden de esta última.

Tratando más a fondo el asunto, tenemos que citar a Nordenskiöld, quien encuentra 49 elementos culturales comunes a la América del Sur y Oceanía, de los cuales 38 existen en Colombia y Panamá y muy pocos en el SE. de la América del Norte y en la Amazonía. Esta comunidad cultural ha sido o pretendido ser explicada por Friederici por la presencia de tripulaciones polinésicas corridas por el temporal y llegadas a costas de Sudamérica del Pacífico, en arribada forzosa. Rivet y Graebner se inclinan por formales inmigrantes de tribus. Los más escépticos se pronuncian por meras coincidencias de inventos simultáneos.

El equipo primitivo con que el hombre vino por Behring a poblar la América del Norte habría comprendido algunos de los elementos indicados, como son: remo de muleta, práctica de mezclar tabaco con cal, malla cuadrículada de los tejidos (Barcloth-mallet), cestería de tipo cruzado diagonalmente (lattice) y telar arawak. La única dificultad está en que ninguno de esos elementos dejó su huella entre los «Basket-makers» de Norteamérica, cosa que no se explica sino por pérdida global de todos ellos. Otros puentes entre Oceanía y América del Sur no han sido hallados ni hay posibilidad alguna de encontrarlos. Por ejemplo,

en las islas Galápagos no existe el menor indicio de población precolombina. Tampoco se guarda recuerdo de relaciones polinésico-americanas en las zonas respectivas, ni el árbol Taro, ni el cerdo, ni la caña de azúcar, ni el carey, ni las aves domésticas, ni el plátano, ni las canoas de balancín, ni otros muchos elementos característicos de Oceanía llegaron a América sino después del descubrimiento europeo del siglo XV.

Quedarían en pie como elementos comunes: el cultivo de la calabaza, del camote (kumara) y de la palma cocotera, así como el uso de las calabacitas para guardar cal con destino a la coca en el Perú y al betel en Oceanía y la flauta de pan o antara que ya aparece muy desarrollada en Nasca.

Este párrafo de Nordenskiöld es muy expresivo: «Con razón o sin ella, parece siempre que se da como un hecho que los elementos culturales oceánicos son más antiguos que los de América. No veo los motivos de esta suposición».

Continuando el examen de otros elementos, se halla la trepanación, tan antigua en el Perú como en Melanesia; igual la manifestación de coca en el Perú y de betel, en Oceanía, con la cal como acompañante (o ceniza de quinua entre nosotros). Uso de tabaco y cal en América del Norte, Uhle lo halló en Supe entre la dentadura de los pescadores primitivos. Irrigación y cultivo de maíz, pero no de ninguna planta de Oceanía. El arco de venisección que ocupa una área que se extiende desde Panamá hasta el E. del Brasil. Es dudoso que pudieran ser solo oceánicos el banquillo de sentarse, la almohada, la olla de madera con patas o las flechas de caza sin plumas. En cambio, el puente de lianas y el tambor de señales son auténticamente americanos, aunque haya algún parecido con los correspondientes a Oceanía.

En cuanto a la presencia de elementos malayo-polinésicos en el Hoka —dice Nordenskiöld— «no implica naturalmente la presencia de elementos culturales oceánicos en la América Central y América del Sur. Sería un grave error —agrega— creer que, porque se ha probado lingüísticamente que en ciertos lugares hay analogías filológicas entre la Oceanía y América, los elementos culturales debían ser también del mismo origen. Algunos, sin embargo, pueden haber sido prestados o adquiridos y otros inventados independientemente, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Mundo» (LXXI).

Queda, de todos modos, en pie el interrogante: ¿Qué explica esta comunidad de algunos elementos culturales entre Perú y Oceanía? ¿Son ellos de la misma antigüedad a uno y otro lado? Si fueran más recientes en éste que en aquél, no cabría duda de su origen peruano. En la breve exégesis del caso de la kumara y de las pocas voces analizadas, se percibe algún indicio favorable a esta suposición que podría afianzarse con un mejor estudio, el cual debe comprender investigaciones sobre el hecho casi histórico del viaje de Túpac Inca Yupanqui hacia las islas de Nina Chumpi y Jawa Chumpi (Islas del Fuego y de Afuera). Son pocos, pero muy valiosos los datos conservados por los cronistas españoles. Una inquisición más profunda en las lenguas y en la historia de las islas de Oceanía podría revelarnos mucho que permanece aún en el misterio. Naturalmente que hay necesidad de reprimir tentaciones como las que ofrecen ciertas toponimias, como el nombre de la isla de Hawai que, con precipitación entusiasta, podría identificarse con la de Jawa Chumpi (Isla de Afuera), visitada por el monarca cusqueño en el siglo XV.



Fortaleza de Sacsayhuaman. Foto Archivo LEV.